

Territorios de diferencia: Lugar, movimientos, vida, redes

Arturo Escobar

Departamento de Antropología
Universidad de Carolina del Norte, Chapel Hill

entlón

© Envi3n Editores 2010.

© Del autor

Primera edici3n en ingl3s: Duke University Press. 2008

Titulo original: Territories of Difference. Place, Movements, Life, Redes.

Primera edici3n en espa3ol

Envi3n editores

octubre de 2010

Traducci3n: Eduardo Restrepo

Arte de la cubierta:

Parte superior basada en un grabado producido por el programa Gente Entintada y Parlante, Tumaco, a comienzos de los noventa. Parte inferior, basada en una ilustraci3n tomada de Los sistemas productivos de la comunidad negra del r3o Valle, Bah3a Solano, Choc3, por Carlos Tapia, Roc3o Polanco, y Claudia Leal, 1997.

Mapas:

Claudia Leal y Santiago Mu3oz, Departamento de Historia, Universidad de Los Andes, Bogot3

Dise3o y Digramaci3n:

Enrique Ocampo C.

© Copy Left.

Esta publicaci3n puede ser reproducida total o parcialmente, siempre y cuando se cite fuente y sea utilizada con fines acad3micos y no lucrativos. Las opiniones expresadas son responsabilidad de los autores.

ISBN: 978-958-99438-3-0

Impreso por Samava Impresiones, Popay3n, Colombia.

Contenido

Prefacio	9
Agradecimientos	13
Introducción: regiones y lugares en la era global	19
Lugares y regiones en la era de la globalidad	21
Una ecología política de la diferencia	23
Pensando desde la diferencia colonial	28
Colombia como un teatro para la globalidad imperial	34
Algunos contextos académicos	36
Lugar	45
Introducción: el Pacífico como lugar, “entonces y ahora”	45
I. Notas en la historia geológica y biológica del Pacífico biogeográfico	50
II. Poblamiento, hábitats y poblaciones del Pacífico colombiano	59
III. Haciendo-lugar y las estrategias de la localización en los años noventa: el Pacífico como territorio-región de grupos étnicos	66
El desplazamiento y los imperativos territoriales y culturales del desarrollo y la modernidad	75
Conclusión: globalidad, colonialidad y la política de lugar	78
Capital	89
Introducción: la llegada de la palma africana en el Pacífico	89
I. La convencional, pero no tan convencional, forma del capital: palmicultoras y camaroneras en Tumaco	94
II. Las contradicciones entre capital, naturaleza y economía	108
III. Más allá del “capital”: camaroneras comunitarias como una práctica no capitalista	112
IV. Repensando la producción	118
Conclusión	121
Naturaleza	133
Introducción: historias de la naturaleza y el desafío de las epistemologías	133
I. Los modelos locales de la naturaleza de los grupos negros del Pacífico	134
II. Epistemologías de la naturaleza y colonialidad de la naturaleza	141
III. Los sistemas tradicionales de producción del Pacífico	152
IV. El movimiento de biodiversidad y el posicionamiento de la tecno-naturaleza	158
V. La autonomía: una perspectiva del movimiento social sobre la conservación y la sustentabilidad	164
Conclusión	171

Desarrollo	183
Introducción: la invención del Pacífico como una entidad “desarrollable”	183
I. Globalización, desarrollo y modernidad	189
II. ¿Una exterioridad al sistema mundial? El programa de investigación de modernidad /colonialidad /descolonialidad	193
III. Contra-labor en el Pacífico: La dinámica de las cooperativas y los proyectos de alfabetización	200
IV La contra-labor y más allá. El proyecto de conservación de la biodiversidad para el Pacífico colombiano	207
Conclusión	217
Identidad	231
Introducción	231
I. La emergencia de la etnicidad negra en el Pacífico colombiano en los años noventa	234
II. El movimiento social de comunidades negras del Pacífico sur	245
III. El activismo como hacedor de historia: lo personal y lo colectivo	258
IV. Las mujeres, el género y la identidad étnica	264
Conclusión	274
Redes	285
I. Ensamblando movimientos: el PCN y las redes transnacionales auto-organizadas	289
II. Redes y movimientos sociales	298
III. Dominación y subalternidad en las redes de movimientos sociales	304
IV. El “giro ontológico” en la teoría social y las preguntas de la información, la complejidad y la modernidad	311
Conclusión	321
Conclusión	337
Yurumanguí	337
La modernidad, la vida y las políticas de la teoría	340
Regiones y lugares en la edad de la globalidad	346

Lugar

Esta tierra es nuestra
Aquí hemos sido árboles y pájaros
Hemos aprendido
El ritmo de las olas
Para convertirnos en hijos del agua...
Esta tierra es nuestra
Como la felicidad
Que hemos inventado

Esta es nuestra tierra
La hemos fundado con dolor y sangre
Es lecho de nuestros sueños libres
Cuna de nuestros anhelos
Y tumba de nuestros viejos
Aquí el agua tiene sabor a nosotros.¹

Introducción: el Pacífico como lugar, “entonces y ahora”

Hace tiempo Sofonías Yacup (1934), político liberal de Guapi, uno de los pueblos principales en el Pacífico del sur, describió el Pacífico como un “el litoral letárgico y recóndito, un lugar ausente atrapado en su propio aislamiento”, abandonado por el gobierno nacional a su propio destino, y en la necesidad horrible de redención y progreso. Siendo un nacionalista, lo que Yacup tenía en mente era un estilo de desarrollo basado en condiciones locales y nacionales. Como la mayoría de los textos del período, su *Litoral recóndito* contenía una mezcla desarticulada de observaciones científicas, formulaciones ideológicas, uso incipiente de estadísticas, defensa del ideal latino con la concomitante crítica del materialismo norteamericano, y un catálogo de prescripciones inclasificables, todos de los cuales podría decirse que constituyen, en el lenguaje de hoy, un llamado a una modernidad alternativa. Si uno hubiera visitado el Pacífico en los años sesenta, podría decir que poco había cambiado desde las palabras apasionadas de Yacup de los años treinta; aunque menos recóndito quizás, el litoral todavía era percibido por la mayoría como letárgico y maldito por su propia historia, y la era de desarrollo todavía estaba por llegar. Esto cambió drásticamente en los años ochenta. Como un conocido antropólogo elocuentemente planteó:

[...] un tiempo nuevo se anuncia para las tierras del andén Pacífico. De la tempestad nacen los nuevos ideólogos y como demiurgos ya no enseñan el determinismo geógrafo a la manera de obstáculo para el desarrollo de la región. Una y otra vez el mar del sur produce asombro a los ojos del colonizador, pero ya no es Balboa quien desde a la serranía del Darien se embriaga

en su sueño de granos dorados; ahora, es la mirada [científica] que ha cuantificado el paisaje, inventariado los bosques, clasificado las especies, medido la profundidad de las bahías y al final ha corrido el velo que de modo ilusorio enseñaba a este territorio como un mundo poblado de selvas, de lugares malsanos, de ríos donde el bochorno no dejaba pensar al hombre y donde sólo indígenas y negros podían vivir en su espacialidad primitiva (William Villa, citado en Vargas 1993: 293).

Para abreviar, si durante la mayoría de su historia el Pacífico fue imaginado como un distante lugar condenado al atraso por sus condiciones naturales, y donde sólo era factible la extracción de recursos por los forasteros, esta situación iba a cambiar dramáticamente en los años ochenta y noventa. ¿Qué representó este cambio súbito en la configuración de esta región? En realidad la nueva escala de preocupación y acción no borró de la noche a la mañana las dinámicas naturales y sociales de antaño. La pregunta en juego es la incorporación de la región a la modernidad, la nación y el globo. Los procesos principales de incorporación han cambiado con el desarrollo y tecno-ciencia que hoy ocupan un papel prominente. Al igual que la escala e intensidad de la transformación. ¿Cómo las inusitadas condiciones de principios de los años noventa resultaron en el conjunto de procesos y prácticas que transformaron el “Pacífico”?

Este capítulo aborda lo que podría ser denominado la fabricación de un mundo socio-natural. Con esto quiero significar una comprensión de la complejidad de relaciones entre los dominios biofísicos y humanos (el físico-químico, orgánico y cultural, ampliamente definidos) que da cuenta de las configuraciones particulares de naturaleza y cultura, sociedad y naturaleza, paisaje y lugar, como entidades vivenciadas y profundamente históricas. La antropología, la geografía y la ecología han sido las disciplinas que han estado más preocupadas con esta pregunta. En los años cincuenta y sesenta, los enfoques de la ecología cultural percibieron esta complejidad en términos de adaptación entre los humanos y el ambiente. Esta perspectiva fue criticada por su funcionalismo y porque asumía al ambiente como un telón fondo inerte al que los organismos y los humanos se adaptaban. Fue reemplazada por una perspectiva dialéctica de la relación entre el organismo y el ambiente según la cual los dos se configuran y se producen mutuamente a través de continuas interacciones. En los años setenta, la relación dialéctica entre los humanos y el ambiente fue complejizada al considerar el contexto de las fuerzas políticas y económicas en que se encuentran inmersos. La adaptación se volvió un concepto más abarcador que incluye los procesos biológicos, sociales y políticos, todos ellos mediados por la cultura (por ejemplo, Whitten [1974] 1986 para el caso del Pacífico colombiano). En los años ochenta y noventa, una nueva síntesis biocultural, encabezada por los antropólogos biológicos, permitió un armazón teórico elegante para esta visión de la adaptación, abriendo la puerta por infundir el estudio de las relaciones de naturaleza/sociedad con preocupaciones postestructuralistas por el conocimiento, el poder, el género y la identidad (Goodman y Leatherman 1998; Hvalkof y Escobar 1998; Rocheleau, Thomas-Slater y Wangari 1996). En algunos casos, como en el Pacífico, la noción de “estrategias adaptativas” se utilizó en los años noventa para señalar esta complejidad. En esta síntesis, la cultura y la

naturaleza son ambas tratadas como mundos socio-naturales totalmente históricos y contruidos, que son el resultado de la acción humana aun si son condicionados por ambientes particulares.

Esta perspectiva historizada de la relación entre naturaleza y cultura constituye una crítica de la visión de modernidad de la naturaleza como un telón de fondo inerte para el despliegue de la saga humana. En diversas partes del mundo, las sociedades han estado construyendo incesantemente los puentes entre la naturaleza y la cultura (Latour 2007). Como lo veremos en el capítulo 3, qué tipos de puentes se construyen, y cómo, hace toda la diferencia. Las sociedades capitalistas modernas enlazan la naturaleza y la cultura de maneras que contrastan grandemente con como lo hacen las comunidades negras e indígenas. Pero esto es adelantarse a lo que será expuesto. En este capítulo, estoy interesado en elaborar una perspectiva de la región, llamada “Chocó biogeográfico” por biólogos y planificadores y “Pacífico geográfico” o “territorio-región” por los activistas del movimiento social, como construida a través de procesos geobiológicos, humanos y tecno-científicos que operan en muchos niveles, del microbiológico al geológico y del local al transnacional. Ante todo, estoy interesado en elaborar una concepción de la región como un lugar. ¿Por qué lugar? Porque el lugar continúa siendo no sólo una dimensión crucial de la configuración de mundos locales y regionales, sino también de la articulación de hegemonías y de resistencia a ellas. La tendencia hoy es a argüir que la globalización ha dejado al lugar como no pertinente, insignificante o por lo menos secundario en la constitución de localidades y regiones. ¿Pero es esto así?

Si algo ha caracterizado los debates de la ciencia social desde principios de los años noventa es la preocupación con la globalización. Estos debates se han caracterizado por una asimetría dominante en la cual lo global se iguala con el espacio, el capital y la capacidad para transformar mientras que lo local es asociado con el lugar, el trabajo, la tradición y, por tanto, con lo que cederá inevitablemente a las fuerzas más poderosas (por ejemplo, Dirlík 2001, Escobar 2005c, Harcourt y Escobar 2007). Esta marginalización del lugar ha tenido profundas consecuencias para nuestra comprensión de la cultura, la naturaleza y la economía, las cuales son ahora vistas como determinadas casi exclusivamente por fuerzas globales. Es tiempo de revertir esta asimetría enfocándose nuevamente en la vitalidad continuada del lugar en la creación de cultura, naturaleza y economía. Si por el lugar entendemos el compromiso con, y la experiencia de, una ubicación particular con alguna medida de enraizamiento (aunque inestable), unos límites (aunque permeables) y una conexiones a la vida cotidiana, aun cuando su identidad es construida y nunca fijada, el lugar continúa siendo importante en las vidas de la mayoría de las personas. Hay un emplazamiento que cuenta mucho más de lo que quisiéramos reconocer; lo que siguiere la necesidad “de regresar al lugar”, para usar la expresión del filósofo Edward Casey (1993). De hecho, parece existir una necesidad cada vez más sentida de trabajar en la intersección de ambiente, cultura y desarrollo. No sólo son los académicos en este campo confrontados a menudo con movimientos sociales que retienen fuertes ataduras al lugar, sino ellos también se enfrentan con la comprensión de

que cualquier curso alternativo de acción debe tener en cuenta lo basado-en-lugar (aunque no limitado al lugar) de los modelos de cultura, identidad, naturaleza y economía.²

Para considerar la producción de una región como el Pacífico me ha sido útil pensar en términos de seis distintos, aunque interrelacionados, procesos históricos. Este capítulo se consagrará principalmente a los primeros dos procesos. Los capítulos subsecuentes abordarán los cuatro restantes.

1. El proceso histórico de formación geológica y biológica. Geólogos y paleontólogos discuten la especificidad de la región, particularmente sobre sus altos niveles de endemismo y diversidad biológica, en términos de procesos geológicos y evolutivos. Siguiendo teorías de la complejidad, esta historia geológica y biológica puede verse en parte en términos de auto-organización de formas de vida orgánicas y no orgánicas. Se presentarán sólo los elementos más básicos de esta historia en este capítulo.

2. El proceso histórico constituido por las prácticas diarias de grupos negros, indígenas y mestizos. Éste es el dominio de la historia y la antropología. A través de sus prácticas diarias de ser, saber y hacer, los grupos locales han construido activamente sus mundos socio-naturales durante varios siglos, incluso cuando lo han hecho en medio de otras fuerzas. Este capítulo resaltaré la contribución de las comunidades negras riverenas a este proceso.

3. Los procesos históricos de acumulación capitalista, de lo local a lo global. El capital es indudablemente una de las fuerzas más poderosas que construyen la mayoría de las regiones de bosque húmedo del planeta. No obstante, la construcción del Pacífico no puede explicarse solamente en términos del capital. De hecho, podría ser postulado que las formas no capitalistas existen y están creándose hoy derivadas de las dinámicas de prácticas culturales y ecológicas basadas-en-lugar, aun cuando esto ocurre en disputas con el capital, la modernidad y el estado (capítulo 2).

4. Los procesos históricos de incorporación de la región al estado, particularmente mediante el desarrollo y las representaciones y estrategias de conservación. A comienzos de los años ochenta, el Pacífico colombiano se representó por vez primera como una entidad “desarrollable” por los discursos del estado. En los años noventa, esta representación tomó la forma de una estrategia de desarrollo sustentable ambiciosa, todavía bajo implementación. El capital y el desarrollo constituyen una estrategia de dos puntas para la re-territorialización del Pacífico como un espacio moderno de pensamiento y acción (capítulos 3 y 4).

5. Las prácticas político-culturales de los movimientos sociales. Después de 1990, los movimientos negros e indígenas se convirtieron en importantes actores en la representación y construcción del Pacífico como territorio-región. Estos movimientos desplegaron unas políticas culturales que operaron principalmente a través de la etnización de la identidad en estrecha conexión con preocupaciones ecológicas y de desarrollo alternativo. Al postular la noción del Pacífico geográfico como un territorio-región de grupos étnicos, los movimientos sociales de las comunidades negras e indígenas hicieron

visible las estrategias culturales, ecológicas y económicas de producción de lugar de las comunidades (capítulo 5 y este capítulo, y para las estrategias más allá del lugar capítulo 6).

6. Los discursos y prácticas de la tecnociencia, particularmente en las áreas de conservación de la biodiversidad y de la sostenibilidad. Desde comienzos de los noventa, la “biodiversidad” se convirtió en un poderoso discurso para los círculos ambientalistas y del desarrollo internacional; originó una red de sitios que cubrían dominios significativos de acción cultural y ecológica. Como una red, la biodiversidad ejemplifica el papel de la tecnociencia en la construcción de mundos socio-naturales. Esta red es confrontada por redes auto-organizadas de actores heterogéneos incluyendo ecosistemas, movimientos sociales y Ongs; todas estas redes se volvieron un elemento importante en la lucha sobre el Pacífico colombiano como territorio (capítulos 3 y 6).

En forma muy esquemática, estos procesos pueden ser divididos en dos grandes estrategias. Estas estrategias, debe enfatizarse, no son limitadas ni discretas, sino que se superponen y coproducen:

1. Las estrategias de localización por parte del capital, el estado y la tecnociencia. El capital, el estado y la tecnociencia se engarzan en una política de escala que intenta cambiar la producción de la localidad en su favor. No obstante, en tanto que estas estrategias no son basadas-en-lugar (aun cuando son localmente articuladas), inevitablemente inducen un efecto de deslocalización con respecto a los lugares. Tal efecto está de acuerdo con la absoluta confianza de la modernidad de subsumir el lugar al espacio (Giddens 1990) y la desterritorialización de la vida social y ecológica (Virilio 1999).

2. Las estrategias subalternas de localización por parte de las comunidades y los movimientos sociales. Estas estrategias son de dos tipos: las estrategias basadas-en-lugar que dependen de la ligazón al territorio y la cultura, y las estrategias de red que permiten a los movimientos sociales enactuar una política de escala desde abajo. En el Pacífico, esto implica la articulación con las redes de la biodiversidad, de un lado, y con otros actores y luchas basadas-en-lugar, del otro. De esta manera, los movimientos sociales desarrollan una práctica política que puede describirse como basada-en-lugar pero transnacionalizada (Harcourt y Escobar 2007, Escobar 1999b, 2005c). Hay estrategias de localización por otros grupos que no encajan fácilmente en estas dos categorías, como aquellas de los grupos armados y los carteles de droga. Terminaremos este capítulo con una discusión breve de los devastadores efectos del desplazamiento y las estrategias de desterritorialización desplegadas por los actores armados.

La primera parte del capítulo proporciona una apreciación panorámica de la geografía física y económica del Pacífico colombiano. Lo que se continúa en la segunda parte con una amplia discusión de la historia del poblamiento y cambio de la región, particularmente por los grupos negros. En estas dos partes, retomo la literatura geográfica, histórica y antropológica existente. La tercera parte empieza la discusión de las estrategias de los movimientos sociales en la defensa del Pacífico como lugar. Esta discusión inicial, conti-

nuada a lo largo del libro, introduce una innovación conceptual importante producida por el movimiento social de comunidades negras en la segunda mitad de los años noventa, a saber, un encuadre de ecología política articulado alrededor de la noción del Pacífico como el territorio-región de grupos étnicos. La cuarta parte, finalmente, discute la situación actual, particularmente el impacto del desplazamiento forzado en las estrategias de lugar. La conclusión reitera la noción de la política del lugar y abre así los capítulos sobre el capital, la naturaleza, el desarrollo y la identidad que examinarán estas dimensiones de lugar en mayor profundidad. Como un ejercicio en ecología política, el objetivo de este capítulo será, como bien lo ha planteado Dianne Rocheleau, “incorporar el múltiple pasado y las historias presentes de lugares y gentes ante el intento de ‘resolver’ sus ‘problemas” (1995a: 147). Esto está en contravía de gran parte de la actual intervención del desarrollo ahistórico y conservacionista, y habla del valor de las ecologías políticas basadas-en-lugar.

I. Notas en la historia geológica y biológica del Pacífico biogeográfico

El Pacífico biogeográfico provoca imágenes de exceso: “El bosque húmedo más espectacular del mundo” (Palacios Santamaría 1993: 363); “uno de los lugares en el planeta dónde el agua es muy abundante” (Lobo-Guerrero 1993: 122); “probablemente la zona más lluviosa del Nuevo Mundo” (West [1957] 2000: 57) con un bosque de mangle que es “uno de los más exuberantes del mundo” (West [1957] 2000: 108), y con “los cocoteros más bonitos que el experto había visto alguna vez, incluyendo aquéllos vistos en Asia y África” (Ferrand 1959:14); “quizás uno de los ecosistemas más complejos del mundo” (Whitten [1974] 1992: 27). Se dice repetidamente que es una de las regiones más ricas del mundo con respecto a la diversidad biológica, con algunos lugares que tienen “el grado más alto de endemismo en América del Sur y probablemente en el mundo entero” (Gentry 1993: 201). En una vena más poética, el Pacífico colombiano se asemeja a un “la singularidad cósmica” donde “las leyes de la naturaleza parecen ser alteradas y donde lo natural y lo sobrenatural persiguen a pescadores, mineros, artesanos del oro e incluso a los profesionales nacidos en este lugar de la selva. Los ríos de oro, terremotos, tsunamis, y la lluvia interminable sirve como el contexto para las pasiones humanas” (Ramírez 1991: 15). Como Taussig dice, con los lugares como el Pacífico colombiano en mente,

estoy perplejo acerca de la ausencia de calor en películas escenificadas en estas zonas tórridas. Y no sólo en el medio frívolo el cine, sino en nuestra tan serias monografías antropológicas así como en las historias que contamos. La naturaleza tiene sus ‘efectos especiales’, como lo hacen las películas, pero algunos aparecen más equitativos que otros. [Y continúa:] la humedad y el calor doblega su voluntad de vivir”, pero con la cautela importante de estar “atento al hecho de que la esclavitud africana en el nuevo mundo se basó en parte en una noción que esos esclavos resistían al calor mucho mejor que los europeos (2000: 1, 2).

Esto llama a una descripción fenomenológica del lugar en términos de los “efectos especiales” y las experiencias que son centrales a las regiones como ésta, incluyendo el calor, el agua, la lluvia y, por supuesto, el bosque. Podría

ser una fenomenología de sustancias y ensueños, à la Bachelard: oro, árboles, tierra, visiones y todos los tipos de animales, plantas, y seres que van de aquéllos del mar y los ríos a aquéllos de los bosques y el infra y supra-mundos. Taussig tiene razón al indicar la escasez de tales descripciones, y este estudio no pretende llenar este vacío. Los poetas locales y cantadoras del Pacífico son probablemente las mejores guías para una fenomenología del lugar, y algunos expertos de la tradición oral lo han intentado con buenos resultados (ver especialmente Friedemann y Vanín 1991, Pedrosa y Vanín 1994). Por ahora, estoy más interesado en re-organizar las varias descripciones realistas del Pacífico dadas por los científicos naturales, antropólogos y geógrafos para transmitir así una noción del lugar. Lo que espero surgirá al final del capítulo es una visión de lo que los científicos llaman el Pacífico biogeográfico como una región constituida por procesos históricos que implican las dimensiones geológicas, biológicas, políticas y socioculturales.

Los teóricos de la complejidad argumentan que todas las estructuras que nos rodean —desde las montañas y ecosistemas a las instituciones sociales— son el producto de procesos históricos. La historia no sólo es una propiedad de lo humano y los procesos biológicos (“evolución”) sino también de lo físico y lo químico; según algunos biólogos, el lenguaje y significado son una propiedad de todos los seres vivos (Markos 2002, Goodwin 2007). En última instancia, la historia es un rasgo de la intensidad de materia y energía cuando se actualizan, produciendo las formas particulares que vemos en el mundo. Algunos argumentan que los mismos mecanismos básicos están envueltos en la historicidad de estructuras geológicas, biológicas y sociales, aun cuando operan de diferentes maneras y adquieren formas distintas en los tres dominios. A menudo, estas estructuras muestran propiedades emergentes que son el resultado de la imprevisible interacción entre las partes. Las intensificaciones de materia y energía alimenta dinámicas no lineares que resultan en la generación de nuevas estructuras y procesos, tipos diferentes de acumulación de materiales, configurados y solidificados por la historia. Dos de las estructuras principales resultado de la dinámica no lineal son las mallas (*meshworks*) auto-organizadas de elementos diversos, y las jerarquías de elementos uniformes. Mallas y jerarquías, que serán abordadas en más detalle en el capítulo 6, coexisten y entremezclan, y pueden dar lugar una a la otra. Los ecosistemas del bosque húmedo y los pequeños mercados urbanos que emergieron espontáneamente en muchas partes del mundo en el siglo XVIII son ejemplos de mallas; las burocracias y las estructuras organizacionales con metas conscientes y mecanismos del mando explícitos ejemplifican las jerarquías. Mientras las jerarquías producen la formación de estratos (por ejemplo, las piedras sedimentarias, las especies, las clases sociales), las mallas producen agregados auto-consistentes a partir de la articulación de elementos heterogéneos en términos de complementariedades funcionales (por ejemplo, las rocas de granito, los ecosistemas, ciertas redes de movimientos sociales). Esta nueva filosofía materialista promete darnos una comprensión de las comunalidades entre los mundos inorgánicos, orgánicos y sociales; su objetivo es explicar la construcción de un universo histórico desde los procesos de auto-organización que muestran las propiedades emergentes (de Landa 1997, 2002, Prigogine y Stengers 1984, Kaufman 1995, Solé y Goodwin 2000).

Esta manera de pensar la vida inorgánica, orgánica y social es útil para analizar la producción del lugar en sus varias dimensiones. Permítanos empezar considerando con cierto detenimiento la descripción de la larga historia geológica del Pacífico. En el plano del discurso, no es difícil de notar la asunción de vida en las metáforas empleo:³

Mucho antes de que existiera el área geográfica del Chocó, América del Sur se encontraba poblada por animales (y plantas, por supuesto) provenientes del supercontinente sureño llamado Gondwana, que estaba conformado por África, Australia, India y América del Sur. Cuando Gondwana se fragmentó, por movimientos de las placas tectónicas, América del Sur se separó para volverse un continente isla. Esta separación comenzó desde el sur entre África y Sudamérica, siguiendo hacia el norte, abriendo de esta manera el océano Atlántico del Sur. Al principio de la época Cenozoica, hace unos 65 millones de años, se había separado completamente de África y derivaba lentamente hacia el noroeste. Este asilamiento duró más de 50 millones de años, tiempo durante el cual la fauna y ecológicos que se daban [...] Finalmente, la placa sudamericana alcanzó a chocarse contra aquellas en el Pacífico, produciendo una actividad volcánica y sísmica que causo el levantamiento de la cordillera de los Andes a lo largo del borde Occidental. De igual manera, el choque entre las placas del Pacífico con la de Norteamérica causó una serie de eventos de orogenia (levantamiento de montañas) en las partes sur y oeste de esta última. Así se formó una serie de islas entre el núcleo centroamericano de Nicaragua-Honduras y el extremo noroccidental de América del Sur, es decir, lo que posteriormente se llamaría Colombia. Los mismos movimientos tectónicos que fueron responsables del último levantamiento de los Andes también causaron dobleces geológicos en el Chocó occidental. En la época del Eoceno, que comenzó hace unos 55 millones de años, antes de la unión entre los dos continentes americanos, hubo un periodo de orogenia al occidente de la masa central de los Andes, ya en formación. Rocas de esta edad (y del Mioceno) se han encontrado en toda la cordillera costera desde Panamá a Cabo Corrientes, en la Isla Gorgona y en el noroccidente del Ecuador. De esta manera se formó una cadena montañosa desde el fondo marino al occidente de América del Sur, o por lo menos, una serie de islas que bordaba al occidente de la depresión llamada el Geosinclinal de Bolívar. Esta depresión fue en ese entonces una de varias conexiones marinas entre el Atlántico y el Pacífico, separando así la tierra firme de los dos continentes que venían en rumbo de colisión (Alberico 1993: 236).

El cierre de la brecha entre los dos continentes es relativamente reciente en términos geológicos, fechando a comienzos del Pleistoceno (hace 3.7 a 3.1 millones de años), y es considerado un evento en cuanto a la conexión biótica entre el norte y el sur. La emergencia parcial del Istmo de Panamá como una serie de islas había empezado en el Mioceno medio, hace aproximadamente 12 millones de años. La importancia de estos cambios en las condiciones biológicas, como los paleocientíficos explican, fue enorme y da cuenta de la peculiar configuración biológica del Pacífico biogeográfico. Entre los hechos relevantes están: el intercambio terrestre de faunas entre hace 9.3 y 8 millones de años, aumentando rápidamente después del sellado del Istmo en el Pleistoceno; la diversificación creciente de géneros y especies del norte en los nuevos ambientes (por ejemplo, las ranas, los sapos, las serpientes, el

ciervo); a la inversa, la colonización de bosques tropicales centroamericanos por las especies del sur; el establecimiento de barreras que afectaron la distribución de ciertas especies (por ejemplo, los roedores del género *Orthogeomys* y de ciertos cangrejos de agua dulce del género *Potamocarcinus*); y así sucesivamente. Estos cambios, a su vez, fueron afectados por transformaciones causadas por glaciaciones que ocurrieron durante los últimos 500.000 años, produciendo la unión de muchas islas con el continente dada la drástica caída en el nivel del mar (por ejemplo, la isla de Gorgona, fuera de la costa de Guapi contemporáneo en el Pacífico del sur se separó del continente de nuevo hace aproximadamente 10.000 años). La alternación de glacial y períodos interglaciales propiciaron la fragmentación y reunificación de los bosques neotropicales, lo cual en parte se cree que ha actuado como un el “motor de la especiación” explicando su alto grado de diversidad. Otro factor que contribuye a la diversidad fue, por supuesto, la emergencia de los Andes que condicionó el aislamiento de las tierras bajas de Pacífico de la Amazonia parando el intercambio de especies entre las dos regiones. El resultado de este aislamiento y la consecuente especiación fue el alto grado de endemismo que los biólogos mencionan al referirse al Pacífico (Bernal y Galeano 1993, Gentry 1993, Duque-Caro 1993, Alberico 1993).

La geología de la región se ha estudiado escasamente. Lo que es conocido deriva de investigación hecha por las agencias gubernamentales y las corporaciones multinacionales interesadas en los depósitos ricos en minerales, incluyendo el petróleo. Las cartografías de los geólogos del Pacífico biogeográfico parecen una colcha bien dibujada donde los colores brillantes representan las franjas relativamente bien diferenciadas —las regiones geomorfológicas (por ejemplo, los sedimentos aluviales, los basaltos, las piedras volcánicas, las áreas auríferas, etc.)— según las propiedades geofísicas, el tipo de depósito mineral y el tiempo geológico de su formación. Es igualmente impuesta la representación estratigráfica (las columnas estratigráficas) que muestra las franjas sucesivas y cambiantes de materiales minerales, del cenozoico al pleistoceno, organizadas según “familias” (por ejemplo, las familias Naya-Naipí, sur de Buenaventura) y las “formaciones” (por ejemplo, las formaciones del Darién o Dagua), las cuales se caracteriza por la composición particular de mineral y estratos (ver, por ejemplo, Galvis y Mojica 1993). Lo que es importante resaltar en esta representación es la discusión de los procesos históricos que produjeron tales geomorfologías; éstos incluyen desde los movimientos tectónicos y la actividad magmática y telúrica hasta la evolución geológica causada por la acción del océano, ríos y clima; estas fuerzas configuraron las estructuras y estratos que, a través de procesos auto-organizados, vinieron a constituir la matriz para el desarrollo de la vida biológica y social. Antes de discutir estos aspectos, sin embargo, es importante dar un sentido del paisaje físico, incluso de las características de la tierra y los varios tipos de unidades del paisaje que constituyen el contexto para la acción biológica y humana.

El estudio de West ([1957] 2000) de las áreas de las tierras bajas del Pacífico todavía se toma como un hito, aunque mucho se ha hecho durante las últimas dos décadas para cualificar e ir más allá de este trabajo pionero. West distinguió tres tipos del paisaje: las tierras bajas de reciente aluvién,

formadas por la sedimentación marina a lo largo del Geosinclinal de Bolívar; a éstos le siguen hacia el este las tierras de colinas de piedra terciaria disecada; y finalmente, las áreas de montaña de origen mesozoico (ver también Pedrosa 1996a, Martínez 1993). La cuenca del río Atrato (de 320 kilómetros de largo) constituye el mejor ejemplo de la morfología aluvial en las tierras bajas. Igualmente importante son las áreas deltaicas a lo largo del litoral desde Cabo Corrientes hasta Ecuador, las cuales configuran las formaciones de tierras características de este paisaje, incluyendo mareas naturales, pantanos y lagos poco profundos o ciénagas. Esta franja aluvial es de 8 a 25 kilómetros de ancho, aunque se ensancha a 50 kilómetros aproximadamente en el área de Patía al norte de Tumaco. En la parte sur de la región, además de los ríos grandes como el Patía y Mira, hay un número considerable de ríos menores, de 30 a 80 kilómetros de largo y a menudo a no más de 15 kilómetros unos de otros, fluyendo de la cordillera andina hacia el océano. Las mareas naturales y agua dulce de los pantanos dan forma a los mangles, los cuales son predominantes en la vecindad del mar. La llanura aluvial es bordeada por una franja de colinas que, en el Pacífico sur, se extiende por 320 kilómetros desde Buenaventura a Ecuador. Esta área de colinas constituye un cinturón de 30 a 60 kilómetros de ancho entre la franja relativamente estrecha de aluvión y la Cordillera Occidental de los Andes. Cerca de los ríos, el paisaje se caracteriza por terrazas que normalmente son el sitio de habitación y cultivo. A medida que uno se mueve lejos de los ríos, el terreno se inclina en las colinas cubiertas por selva de entre 30 y 60 metros de altura. Los valles entre las colinas pueden albergar los pantanos con los varios tipos de palmas. Las cuevas de la Cordillera Occidental están cubiertas igualmente por el bosque denso; como en las colinas, un sistema intrincado de raíces poco profundas previene la erosión. Análisis más detallados identifican un número más grande de formaciones diferentes, del océano, playas y mangles a los varios tipos de bosques neo-tropicales, incluyendo bosques de tierras bajas, sub-andinos y andinos, todos de los cuales presentan características notablemente diferentes (por ejemplo, Pinto-Escobar 1993).

West introduce una distinción que es útil para visualizar la configuración del paisaje, en tanto concierne al propio litoral. Esto incluye “cuatro cinturones geográficos organizados en sucesión del mar al interior”:

1) una franja de aguas poco profundas y planos de lodo antes de la costa: 2) una serie de de playas de arena discontinuas, interrumpidas por bocanas, estuarios y amplios planos de lodo; 3) una zona de manglares, que suele tener entre 0.8 y 5 km de ancho; 4) una franja pantanosa de agua dulce, ubicada inmediatamente detrás del agua salobre de los manglares. Detrás de estas zonas pantanosas, en terreno ligeramente más elevado, está el bosque húmedo tropical que cubre la mayor parte de las tierras bajas del Pacífico. Cada una de las tres últimas zonas litorales —la playa discontinua, el manglar y el pantano de agua dulce— se distingue por tener formas terrestres y asociaciones particulares. Cada una también implica una serie de problemas para la subsistencia y el transporte humanos. (West [1957] 2000: 97-98; ver también Pedrosa 1996a: 36).

En la costa norte, el litoral contiene acantilados, mientras al sur de Cabo Corrientes a menudo se caracteriza por playas arenosas esparcidas con estua-

rios y ríos pequeños. Las playas son modeladas por las mareas y corrientes del océano; mientras en muchos lugares esto ha significado un avance del mar al interior a expensas de la playa y el bosque, en otros el proceso opuesto ha tenido lugar. Parece ser verdad que muchas playas han experimentado un retroceso significativo, un hecho que lamentan los viejos. Este retroceso ha ocurrido debido a la acción lenta de olas y corrientes, pero también a los eventos catastróficos como los tsunamis (West [1957] 2000: 102, Pedrosa 1996a: 35). El gran tsunami de enero de 1906, con epicentro en el noroeste del Ecuador, transformó radicalmente las playas, pueblos y áreas del mangle por una longitud de noventa kilómetros alrededor del área de Tumaco. Se dice que en una de las islas vecinas las olas alcanzaron cerca de quince metros de altura.

El bosque del mangle ha sido visto como una respuesta adaptativa, particularmente por el sistema legendario de raíces aéreas que lo caracterizan (Cantera y Contreras 1993; Rangel y Lowy 1993; Prahl, Cantera y Contreras 1990). Esta adaptación a los altos niveles de salinidad y a suelos inestables implica el intercambio de gases en substratos anaeróbicos y un tipo particular de reproducción por semilla. Las especies de mangle más comunes en el Pacífico sur son el llamado mangle rojo (de la familia *Rhizophoraceae*) y el mangle negro (*Avicenniaceae*). Este ecosistema anfibio ocupa grandes extensiones en esta parte del Pacífico. Algunos de los árboles pueden alcanzar alturas de más de treinta metros, con diámetros de más de un metro. En la bajamar, el sistema de la raíz puede tener de tres a cuatro metros de altura, formando “un laberinto casi impenetrable” (West [1957] 2000: 110). Esto explica por qué las actividades en el mangle son principalmente reguladas por las mareas. Es más, los pantanos del mangle crean un sistema de cauces con meandros conocido como esteros que establece una red que es esencial para el transporte entre los pueblos, ríos y playas. Además de su valor de regular varias funciones importantes en el mantenimiento de vida acuática, los mangles contienen ricos recursos para los habitantes locales, desde madera para la construcción de las casas y el extracto del tanino hasta una amplia variedad de peces y crustáceos (los cangrejos locales, ostras y almejas). Es bien conocido que las mujeres, bajo difíciles condiciones, con sus piernas sumergidas en el barro, recolectan conchas y moluscos rodeadas por nubes de mosquitos que intentan alejar quemando sustancias como el caparazón del coco.

En suma, lo que Whitten describe como “el litoral húmedo” (del río de Esmeraldas en Ecuador al río San Juan en Colombia, aproximadamente lo que nosotros hemos llamado aquí el Pacífico sur), se encuentra “el pantano de los manglares que más cristaliza el vigor de la vida, condicionada por el mar y apoyada por los recursos del bosque” ([1974] 1991: 36). Pero esto no es todo, ya que

[...] el pantano de los manglares provee el principal punto de contacto de muchas transacciones internacionales, las que varían desde los posibles auges en la industria de la madera para la construcción hasta las posibles intrigas políticas internacionales [e incluyendo la extracción del tanino de las cortezas de los árboles]. *Tales transacciones forman una parte central del ambiente socioeconómico de la cultura negra, la cual está entremezclada con –aunque*

no completamente dependiente de— la economía internacional (p. 36, énfasis en el original).

Hoy, tales lazos implican la destrucción de los mangles debido al establecimiento del cultivo de camarón a larga escala para la exportación (próximo capítulo).

Desplazándose hacia interior desde los manglares se encuentra una franja estrecha de pantanos de agua dulce. Esto es causado a menudo por la inundación de ríos bajo la acción de la marea. Un árbol importante que predomina en esta franja es el nato (*Mora megistosperma*). Dos otras especies de gran importancia económica para las personas locales y para la extracción de madera son el sajo (*Campnosperma panamensis*) y el cuángare (*Virola*, spp.). Todos ellos son árboles grandes. El pantano de agua dulce también es el hábitat de la famosa palma de naidí (*Euterpe oleracea*), cuyos cogollos son cortados, enlatados y embarcados al extranjero como producto bajo el nombre de “corazón de palma”. Esta hermosa palma, que adorna las vegas de los ríos con su figura alta y delgada, ha sido diezmada en muchas partes del litoral. Las palmas son muy importantes en todo el Pacífico; biólogos orgullosamente mencionan las treinta especies endémicas que se han sido encontradas en la región (Bernal y Galeano 1993: 222). Muy bien conocida, además del naidí, es la palma de chontaduro que da una fruta del mismo nombre vendida en muchas ciudades del interior por mujeres negras que preparan sus ventas callejeras en las esquinas, más visiblemente en la ciudad de Cali. Las palmas proporcionan muchos productos locales, desde las comidas ricas en aceite hasta material para techar las casas.

Los ríos y el bosque son los elementos más inmediatamente llamativos del Pacífico biogeográfico. Al norte, los ríos grandes del Atrato y San Juan, junto con la Cordillera Occidental y, otra cadena montañosa importante, la Serranía Baudó, constituyen los elementos más importantes de la topografía y ecología de la región. Al sur, un número grande de ríos (Mira, Mataje y Patía son los más importantes) fluyen hacia el oeste desde los Andes al océano. Cinco ríos confluyen en la ensenada de Tumaco, creando una proliferación de estuarios que son utilizados por la gente local para el transporte y la pesca, siempre atentos al ritmo de las mareas. Un sistema de ríos similar constituye las áreas rurales del puerto de Buenaventura. A lo largo de los ríos, los diques o vegas de varias anchuras proveen el espacio para los asentamientos humanos y para los cultivos como el maíz, coco, cacao y plátanos. Viajando de arriba abajo por los ríos de la ensenada de Tumaco, por ejemplo, uno observa cada tantos meandros del río un puñado de casas de frente al río, que en ocasiones da lugar a un poblado más grande. Como lo veremos, los antropólogos discuten este modelo de asentamiento en términos de articulaciones sociales y ecológicas entre distintas partes del río, el bosque y los varios mundos (capítulo 3).

Los bosques húmedos ocupan la parte más grande de la región (el 77%, o aproximadamente 8 millones de hectáreas, con más del 50% del total con bajos niveles de intervención debido a los sistemas de producción tradicionales; ver, por ejemplo, Sánchez y Roldán 2001). Como en otros bosques húmedos tropicales, el Pacífico se caracteriza por varias capas, incluyendo

los árboles de 18-30 metros de altura que forman el dosel, un estrato medio de árboles más cortos y palmas (6-10 metros de altura), y una capa terrestre de helechos, bejucos y los árboles nacientes entre otros. Hay todavía factores estructurales y fisionómicos que diferencian el bosque húmedo del Pacífico de otros bosques similares, como una alta densidad de árboles pequeños y medianos que contribuyen a explicar los niveles extraordinariamente altos de diversidad de plantas. El elevado nivel de lluvia es otro factor que contribuye a esta diversidad. De hecho, el Pacífico biogeográfico “reclama el récord mundial de diversidad de plantas” (Gentry 1993: 208). A pesar del inadecuado conocimiento taxonómico resentido por los botánicos, este planteamiento parece indiscutible. Las familias predominantes (*Leguminosae*, *Rubiaceae*, *Palmae*, *Annonaceae*, *Melastomataceae*, *Sapotaceae* y *Guttiferae*) son similares a las de otros bosques neotropicales, pero hay también aquí especificidades significantes, como la preponderancia de especies de *Guttiferae* y *Melastomataceae*. Para agregar a esta lista de rasgos únicos y de “records mundiales” registrados por los biólogos con orgullo —a menudo para propósitos estratégicos de conservación— varias familias presentan las hojas más grandes del mundo en sus categorías respectivas; las más grandes de estas hojas se han descrito como “masas de tejido de 1 m de largo y de 50 cm de ancho que pueden ser las muestras más grandes de hojas individuales de dicotiledónea en el mundo” (Gentry 1993: 218). Para los biólogos conservacionistas, como lo veremos en los siguientes capítulos, las consecuencias no pueden ser más claras. Es adecuado citar uno de los más conocidos de estos biólogos que trabajaron en el Pacífico colombiano para cerrar esta sección:

En este contexto, la región del Chocó, donde hasta las áreas bajas muestran patrones marcados de bosque nublado, es probablemente uno de los puntos más interesantes de la tierra desde el punto de vista de los “puntos calientes” [*hot spots*] evolutivos. Así el Chocó se ubica en el centro de la creciente preocupación en torno a la conservación de la biodiversidad del planeta. Más aún, en la medida en que la biodiversidad se traduzca en un patrimonio económico directo, una parte significativa del capital mundial de la biodiversidad puede residir en las plantas endémicas de los bosques del Chocó (Gentry 1993: 218).⁴

Muchos constructivistas pueden encontrar la descripción geológica y biológica anterior irrelevante. Son los humanos, para estar seguros, quienes hacen las distinciones que nosotros hemos estado trazando (“montañas”, “pantanos”, “bosques”, etc.). Son los humanos quienes los dotan con significado. De hecho, es parte de la configuración del lugar que nosotros hagamos tales distinciones. No obstante, esta perspectiva constructivista del lugar y la región desconoce algunos puntos importantes. Primero, y más claramente, los paisajes que estas distinciones demarcan no son en ningún sentido irrelevantes para las personas y otro tipo de seres que viven en ellas (las vidas no son lo mismo en un desierto que en un bosque húmedo, para usar dos ejemplos extremos). Segundo, y a la inversa, para el “mundo externo” no es ciertamente irrelevante los tipos de distinciones que los humanos hagan. Las personas locales pueden hacer distinciones parcialmente diferentes que las de los científicos. Los etnobiólogos han discutido con detenimiento la relación entre las “taxonomías locales” y las de los científicos, algunos han argumentado un solo “mapa de la naturaleza” que los distintos grupos humanos etiquetan diferentemente,

otros en cambio consideran que existe una inconmensurabilidad radical entre los mundos (Berlín 1992). Tercero, los distintos lugares tienen cosas diferentes para ofrecerles a los humanos para trabajar y vivir, y esto tiene todo que ver con cómo los humanos construyen los lugares. Los lugares son así co-producciones entre las personas y el ambiente. El mar, los bosques, las montañas ciertamente constituyen marcas en el territorio, aun cuando para los constructivistas no constituirían “marcadores naturales”. Como Ingold (1993) tan oportunamente lo planteó, los límites sólo pueden dibujarse en el paisaje en relación a las actividades marcantes (“*tasksapes*”) de las personas (o animales) que lo reconocen o experimentan. No obstante, esto supone una pregunta de importancia para los ecólogos de por qué se identifican más fácilmente ciertos rasgos del paisaje como límites, y de qué maneras. Las “tareas” que despliegan las formas de materia y energía, aparte de la humana, por y sobre ellas mismas son cruciales.

También de importancia para los ecólogos es el efecto de ciertos límites sobre los tipos de vida biológicas que surgen en los paisajes diferentes. Para biólogos, no hay ninguna duda que la cordillera andina, por ejemplo, actuó históricamente como una barrera natural entre las tierras bajas de la Amazonía y las del Pacífico. El ejercicio de la división en zonas ecológicas del Pacífico para la conservación propuesto en los años noventa se basaba en la premisa de la existencia de tales barreras y unidades de paisaje “naturales” (por ejemplo, Ministerio del Medio Ambiente-IGAC 2000). En verdad, cualquier límite separa y conecta. Esto es aun más verdad de los Andes que conectan y crea interdependencias ecológicas entre las tierras bajas de Pacífico y los valles inter-andinos como el Valle de Cauca, por ejemplo, de tal manera que ellos podrían verse como dos partes de la misma eco-región más grande. Pero las diferencias también son reales. En última instancia, lo que está en juego aquí es la diferencia entre un sistema y su ambiente, un tema que ha sido abordado persistentemente por la teoría de sistemas desde su principio en los años cincuenta (ver, por ejemplo, Churchman 1971). Las más recientes soluciones al rompecabezas del sistema/ambiente enfatizan tanto el carácter auto-referencial, auto-organizando, o autopoietica del sistema, y la relación estructural del sistema o acoplamiento con su ambiente (por ejemplo, Jantsch 1980; Maturana y Varela 1980, 1987; lo que será discutido en el capítulo 6). En el Pacífico, la recursividad de los procesos biofísicos y culturales ha efectuado y han tendido a mantener ciertas relaciones básicas y límites, mientras que la dinámica social más contemporánea tiende a cambiarlos, haciendo así más difícil, si no imposible, el funcionamiento de la región como una totalidad autopoietica.

En el Pacífico colombiano, para resumir, un mundo entero se abre entre la alta cordillera al este y el litoral al oeste. Como tantos otros mundos socio-naturales, es profundamente único. Para reiterar, sus límites son construidos y de hecho están siendo transformados por blancos y mestizos desplazándose en grandes números al Pacífico, con efectos desastrosos. En recientes décadas, esta región ha sido nombrada de varias maneras por actores diferentes. Esto no significa que el bosque húmedo sea un telón de fondo irrelevante o inerte para las actividades de producción de significado de los humanos, ni que

puede entenderse independientemente de la compleja historia esquemáticamente presentada. La pregunta más pertinente por lo que se refiere a nuestro propósito de examinar el Pacífico como el lugar continúa siendo eso de lo que pasa cuando los humanos entran en la escena. Permítanos ver cómo historiadores y antropólogos describen este proceso.⁵

II. Poblamiento, hábitats y poblaciones del Pacífico colombiano

Cuando el Pacífico se volvió un objeto de discusión, el poblamiento de las tierras bajas desde que la conquista española se convirtió en centro de atención importante para historiadores y otros estudiosos, particularmente la expansión espacial y demográfica de la gente negra, su relación con cambios económicos introducidos por los blancos, sus efectos en los indígenas, y su relación e impacto en los ecosistemas costero, de manglar, riverero y boscoso. Historiadores ilustres como Germán Colmenares (1979) han contribuido a la historia de la región con estudios de la interacción entre las haciendas esclavistas en las regiones inter-andinas vecinas y la estructura de la minería de oro en el Pacífico. En recientes años, un puñado de historiadores ha empezado la investigación histórica laboriosa de la región, presentándonos los procesos por los cuales ha llegado a ser lo que es hoy. Bajo el abarcador título de *Poblamiento, hábitats y pueblos del Pacífico*, Jacques Aprile-Gnisset (1993), francés residente en Colombia por largo tiempo, ha propuesto una interesante hipótesis sobre la expansión afro-colombiana en el Pacífico que culminó a finales del siglo XIX y todavía puede verse de algunas formas hoy. Como Aprile-Gnisset, en Cali el historiador Mario Diego Romero (1995) ha escrito un capítulo temprano y crucial de esta historia bajo el sugestivo título de *Poblamiento y sociedad en el Pacífico Colombiano. Siglos XVI al XVIII*, es decir, el avance de la frontera de la minería del oro basada en una organización particular de la población esclavizada. Romero (1997) continuado esta tarea investigando la etnohistoria de una sola cuenca, el río de Naya, al sur de Buenaventura, desde la perspectiva de la apropiación territorial por parte de las comunidades negras que fue ampliamente debatida en el contexto de los derechos territoriales y culturales de la Ley 70 de 1993. Los estudios en los años ochenta y noventa contribuyeron a ofrecer una idea general de la construcción lenta del Pacífico como una región enfocándose en localidades específicas o en los aspectos subyacentes de las lógicas que configuran la región. Lo que sigue es un sintético recuento de las emergentes visiones basada en una variedad de fuentes.⁶

Aprile-Gnisset distingue dos ciclos en el poblamiento del Pacífico colombiano. El primero fue llevado a cabo por los grupos aborígenes. A pesar de alguna evidencia de habitación temprana de áreas costeras en el Golfo de Urabá al norte tan antigua como hace 8.000 años, muy poco es conocido sobre el período intermedio hasta el período prehispánico temprano (aproximadamente 1.000 A.C.); aun después de este período la arqueología del Pacífico es bien escasa (para una revisión, ver Stemper y Salgado 1995). Según algunos, la región se integró a otras partes de las Américas muchos siglos antes de la llegada de los españoles a través de sus muchos deltas de los ríos importantes

como el Baudó, el San Juan y el Patía que los conquistadores como Pizarro descubrieron en sus viajes. Al sur, las culturas Tumaco de La Tola fueron importantes hace dos mil años (500 D.C a 500 A.C.). Basados en el abundante registro cerámico existente, algunos investigadores supusieron que la vitalidad de esta cultura se debía al contacto y migración con otras partes del Américas y, posiblemente, Asia Oriental; se piensa que su desaparición ha sido causada por catástrofes naturales, quizás los tsunamis y terremotos que empujaron a los sobrevivientes a emigrar fuera del área (Errázuriz 1980, Pedrosa 1996b). Pero el poblamiento del Pacífico por los grupos nativos era sustancial. Durante por lo menos un milenio, las comunidades indígenas ocuparon el territorio con particulares formas de apropiación del ambiente —la flora, fauna, ríos, mar, y el uso de oro y platino— practicando hasta recientes décadas un tipo de sustento de subsistencia apropiado al bosque húmedo, sin la domesticación de animales ni sedentarización significativa (Pedrosa 1996b; Ulloa, Rubio y Campos 1996). Hoy, los grupos indígenas constituyen aproximadamente 5% de la población, con grupos importantes demográfica, cultural y políticamente como los embera y wounaan en la provincia norte del Chocó.⁷

Aprile-Gnisset (1993) denomina “afroamericano” el segundo ciclo. Articulado con la conquista española y colonización, logró su momento en el siglo XVII, se fortaleció en el siglo XVIII, y alcanzó su máxima expresión territorial y demográfica desde el fin del siglo XIX. Este ciclo tuvo, a su vez, varias fases: una expansión parcial, restringida a los enclaves mineros; esta fase fue avanzada a través de la conquista militar y subyugación de los habitantes indígenas, quienes a menudo opusieron una feroz resistencia. Como otro historiador argumentó, “la hostilidad de los indios, la alta mortalidad, la incapacidad para producir cantidades de lingotes de oro, y las ideologías españolas contradictorias que concernientes su tratamiento y la conversión religiosa hizo pronto necesario el uso de negros para llenar la escasez de mano de obra” (Sharp 1970: 24). Esta fase dio el origen a una economía puramente extractivista con técnicas mineras rudimentarias basadas en el trabajo esclavizado (placeres de arroyo y otros tipos de extracción de oro como canalones o los socavones horizontales en áreas del interfluviales o en las terrazas altas).

Romero examinó este proceso en detalle para el Pacífico del sur. En su perspectiva, la dinámica principal se caracterizó por un proceso simultáneo de adaptación y resistencia a la esclavitud, articulado alrededor de los grupos mineros o cuadrillas creados por los dueños de esclavos como las unidades de la producción. Las cuadrillas desarrollaron formas culturales y sociales de organización que generaron relaciones domésticas en las cuales las mujeres proporcionaron la cohesión al interior del grupo mientras los hombres asumieron las relaciones con la sociedad blanca. Con el tiempo, las cuadrillas ganaron movilidad y extendieron su campo de relaciones, creando así las condiciones para obtener su libertad. En los intersticios de las minas basadas en los esclavizados aparecían los asentamientos de negros libres dedicados a minería tradicional a partir de las relaciones del parentesco; estos grupos usaron sus propios recursos así como los recursos prestados o aprendidos de los grupos indígenas para su adaptación cultural y ecológica al ambiente bajo condiciones de gran autonomía.

Esta dinámica estaba a la base de la ocupación de territorio por parte de las comunidades negras (Romero 1995), coincidiendo con la segunda fase de Aprile-Gnisset. Esta fase se caracteriza por

extensiva y en paz, iniciada por cimarrones y luego continuada por negros libres; es una fase agraria y de minería independiente que comienza en el periodo colonial tardío, prospera después de la manumisión [1852], y alcanza su total desarrollo territorial en las primeras décadas del siglo XX, y continua mostrando alguna de sus dinámicas incluso hoy. En resumen, si la primera fase es caracterizada por un proyecto colonialista externo, la segunda toma la forma de una endógena colonización agraria. Donde la empresa militar española fracasó fue sucedida, tres siglos después, por el trabajo pacífico de los colonizadores negros cultivando plátano, arroz, yuca, maíz y palmas de coco [...] una intensa circulación resultó en una expansión territorial prodigiosa a través de la dispersión máxima de la población y el establecimiento de números habitas agrarios (Aprile-Gnisset 1993: 12, 13).

Este proceso, por supuesto, se puntuó por una serie de factores. Para mencionar unos pocos: el establecimiento precario de los reales de minas no tuvo lugar hasta la primera la mitad del siglo XVII, cuando fueron reducidos los grupos indígenas y los primeros reales aparecieron en los ríos como el Telembí, Timbiquí, Guapi, Iscuandé y Maguú. Estos centros mineros mantuvieron una significativa relación con las ciudades como Cali, Popayán, Pasto e incluso Guayaquil y Lima para el suministro de esclavos y diversas provisiones. Había una circulación de conocimiento entre los grupos negros e indígenas alrededor de las técnicas mineras y agrícolas; el sistema de “tumba y pudre” (opuesto a la más común agricultura de tumba y quema), como West ([1957] 2000) la ha llamado, era una práctica indígena que los negros adoptaron a sus propios fines. Los matrimonios inter-étnicos, sobre todo entre los hombres negros y las mujeres indígenas, eran comunes en ciertas áreas, y había alianzas ocasionales contra los esclavistas e invasores. De hecho, los grupos indígenas, organizados en las bien conocidas encomiendas, fueron a menudo obligados a proveer la comida para las cuadrillas. Había una variedad de maneras por las cuales los esclavos obtuvieron su libertad, incluyendo la auto-manumisión a través de la compra de su libertad con los beneficios de trabajo minero independiente los domingos y días de fiesta. El cimarronismo también era importante como una fuente de libertad, llevando a la consolidación de asentamientos libres conocido como palenques en los cuales tuvo lugar los procesos de resistencia y de reconstitución cultural, demográfica y militar. En el período colonial tardío, y bien antes de la manumisión, había ya un número importante de negros libres que, sin separarse completamente de los reales de minas españoles, empezaron la exploración y colonización de otras áreas del Pacífico. En tanto articulados con el sistema de enclave, el poblamiento de los libres crearon conflictos con el sistema basado en la esclavización.

La raza fue un factor central en la organización del proceso de poblamiento y en la economía de la región. Para algunos investigadores, la naturaleza, el paisaje, la economía y la raza constituyeron un sistema integrado en el ensamblaje del Pacífico. La visión de la región como una tipo de despensa de riquezas para la extracción, se enlazó indisolublemente con el aprovechamiento de la

fuerza de trabajo negra (desde la minería esclavista colonial hasta la palma africana de hoy), no infrecuentemente a través de representaciones sobre la raza que supuso a los negros en términos naturales. Las áreas rurales y gentes fueron vistas como perezosas, salvajes y primitivas, y se consideraba que sólo los negros eran capaces de resistir la selva húmeda. Bajo estas condiciones, lo negro funcionó grandemente como una categoría cultural, aunque las características fenotípicas también fueron importantes (Leal 2003). Desde los tiempos coloniales, el Pacífico ha sido visto como la región negra por excelencia en Colombia; sin embargo, hasta recientemente, el estudio de raza y racismo en el Pacífico era principalmente restringido a las relaciones blanco-negras en los pueblos y a los argumentos sobre la pobreza de la región en conjunto. Esto tenía sentido hasta cierto punto: como veremos (capítulo 5), la categoría de “negro” no era predominante hasta recientemente en los asentamientos ribereños negros, y en los años noventa la mayoría de los académicos y activistas del movimiento discutían el Pacífico en términos de diferencia cultural y derechos antes que en los de raza y racismo, aun cuando éstos últimos estaban a menudo en el fondo de la discusión. La excepción han sido los movimientos urbanos negros para los cuales la raza y el racismo eran preocupaciones mucho más prominentes.

Esto ha cambiado durante los últimos años, particularmente a través de la investigación en etnohistoria y antropología histórica y geografía, mucho de ésta realizada por académicos afrocolombianos que miran la interacción de etnicidad, región y nación como procesos entrelazados que involucran al Pacífico, la región más grande (el suroccidente colombiano o el Sudoeste colombiano) y la nación. Estos trabajos más nuevos resaltan las relaciones de poder entre los centros andinos y sus habitantes “blancos” y tierras bajas como el Pacífico. Lo que esta investigación histórica muestra es la producción de lo que el historiador cartagenero Alfonso Múnera (2005) ha denominado “las geografías jerárquicas de raza”. Aunque con variaciones, estas geografías fueron claramente establecidas por científicos, políticos, escritores y autoridades desde los tiempos coloniales y fueron adoptadas sin alteraciones significativas por los líderes republicanos después de la independencia. En estas geografías racializadas, los escritores establecieron una conexión directa entre el clima, territorio y grupos raciales (las mesetas andinas estaban habitadas por las civilizadas y buenas personas blancas de origen europeo, las tierras bajas húmedas y tropicales por los negros y los grupos indígenas incapaces de razón y progreso). Las perspectivas más progresistas después de la independencia visionaron la mezcla de las razas, pero endosando la ineluctable inferioridad de negros e indios constreñidos a sus territorios. Estos recientes estudios históricos enfatizan las relaciones de dominación y subalternidad mediadas por los procesos ecológicos y étnicos, además de las más comúnmente estudiadas consideraciones económicas.⁸ Ellos también explicitan las bases espacio-culturales de la colonialidad ancladas en las nociones de territorio, naturaleza y raza.

Regresemos al proceso de poblamiento. La arquitecta y urbanista caleña Gilma Mosquera ha desarrollado una útil explicación de la transformación progresiva de los asentamientos a lo largo de los ríos del Pacífico desde el

siglo XVIII. El modelo de Mosquera inicia con un espacio vacío que es progresivamente poblado resultando en distintas formaciones espaciales. Hasta el principio del siglo XX, los asentamientos de los ríos se caracterizaron por unidades familiares dispersas y grupos de familias reunidos en torno al trabajo o al parentesco. Los pequeños núcleos multi-familiares empezaron a formarse dada la decisión de un grupo de familias dispersas en un segmento del río a “hacer pueblo”. Estos vecindarios empezaron típicamente con de 3 a 10 unidades que eran unidades de producción/residencia y evolucionaron en los núcleos de 11 a 30 casas que incluyeron unidades asiladas y unidas. Con el advenimiento de nuevos pobladores, este proto-pueblo se convirtió en un pueblo, normalmente un pueblo de una calle con una tendencia a la separación gradual entre el sitio de la producción y los de residencia (30-200 unidades). Las fases subsecuentes convirtieron el pueblo en un pueblo propiamente dicho, con una más marcada separación entre los sectores de residencia y de producción, algún comercio y actividades terciarias, y una mayor diferenciación social. Si en las primeras etapas uno o dos troncos familiares predominaban, en los pueblos había una mayor diferenciación. Sin embargo, cada tipo del hábitat refleja un enlace firme entre las relaciones de parentesco, las relaciones de producción, la organización del espacio y las prácticas culturales; la familia continuó siendo el eje que organizaba el espacio residencial y productivo. Después de los años veinte, este sistema de relaciones “entra en contradicción con la ideología nacional imperante y frena (u obstaculiza) la inserción definitiva de las comunidades locales en el régimen capitalista de producción, del cual se benefician escasamente y de manera marginal” (Mosquera 1999: 55).

Las presiones para que los asentamientos dispersos se nuclearizaran contribuyeron a la ruptura del sistema tradicional de producción y de autoridad basado en la familia. Estas presiones variaron desde las fuerzas naturales a la migración y a las oportunidades de la producción (por ejemplo, madera, minería, agricultura, turismo en los pueblos costeros). Para los años cuarenta, la expansión demográfica en gran parte del Pacífico requirió la adaptación de nueva tierra para la producción de comida (maíz, yuca, plátano, arroz, caña de azúcar, etc.); también implicó tomar ventaja de la demanda externa por productos como caucho y tagua (marfil vegetal). Esta integración creciente del poblado, el río y la región se ha desplegado desde entonces en los ríos de los alrededores de Tumaco. Muchos poblados fueron establecidos al final del siglo XIX por una pareja que llegó de otras partes de Nariño o Ecuador en busca de la tierra, o huyendo de la violencia política; lentamente, esta pareja de fundadores trajo a varios parientes y amigos para empezar un pueblo. A través de estrategias del parentesco que abarcan el pueblo, el río, y los ríos vecinos estos pueblos se diversificaron según estrategias sociales, productivas y espaciales. Para algunos investigadores, este patrón se orientó hacia multiplicar el acceso a precarios recursos y territorios. Desde los años cincuenta, con el aumento en el paso de la modernización, el cerramiento de la frontera territorial, y asociaciones más estrechos al pueblo de Tumaco, esta meta se volvió menos importante en tanto que la migración y las oportunidades de trabajo aumentaron en la ciudad. La migración a Tumaco a menudo genera una red de circulación de personas, productos e información entre la ciudad

y el río, y continúa siéndolo hoy (aun cuando significativamente rotas por el control paramilitar en algunas áreas). Las relaciones del parentesco y las alianzas residenciales no consanguíneas se orientan más a asegurar una afiliación simbólico-territorial a la comunidad del río que al acceso a los recursos materiales per se. Como la afiliación por la residencia del río se vuelve menos factible, es la combinación de tipos de relaciones sociales las que confieren el dinamismo a los lugares particulares y a las identidades territoriales.⁹ En general, sin embargo, puede decirse que es en estos pueblos, la mayoría de que no van más allá de 2.000 o 3.000 habitantes incluso hoy, dónde los valores euro-andinos, el estado, la economía de mercado y actores armados están haciendo sus incursiones con la plena fuerza (Villa 1996).

Hay múltiples maneras en que la afiliación socio-territorial es lograda en los contextos contemporáneos. Es importante resaltar, primero, la importancia continuada asignada a las identidades basadas-en-lugar (ver el capítulo 6); y segundo, que mientras se usan otros marcadores regionales y nacionales de identidad, sólo hasta recientemente era el de la afiliación del río el que predominó localmente. “La gente que vive en un cierto río se consideran como una comunidad”, escribió West ([1957] 2000: 141) en los años cincuenta. El sentido de pertenencia al río se ha debilitado, aunque todavía en muchas partes el río continúa siendo un espacio vital de interacciones sociales mediante el cual las personas actualizan las oportunidades posibilitadas por los contextos locales, regionales o transnacionales. Con seguridad, en las recientes décadas el paso de la degradación ambiental, la transformación de las relaciones de producción y la presencia de imaginarios urbanos ha tenido efectos en las prácticas culturales y ecológicas basadas en el río. Pero todavía allí donde continúa existiendo un “espacio acuático” (Oslander 1999, para el río de Guapi) se establece la importancia continuada de ambientes acuáticos para muchos grupos locales. Este espacio incluye costas y playas, el rico bosque inundado de guandal, y las redes de ríos y estuarios ampliamente regulados por las mareas por veinte kilómetros río arriba; también involucra la construcción de casas sobre los diques a lo largo de las márgenes del río, el calor y humedad, y las muchas visiones que habitan los espacios acuáticos y el bosque.

Después de 1993, el “río” volvió a ser nuevamente un referente cultural y político importante. A lo largo de algunos de los ríos del Pacífico del sur activistas del movimiento social de comunidades negras propusieron que los territorios colectivos debían concebirse en base a la dinámica de ríos, particularmente la cuenca del río desde que el río es “el espacio donde uno vive y actúa” (Cortés 1999: 135). Este modelo no fue considerado factible para los ríos más grandes, como el Patía y el San Juan; es más, algunos activistas también consideraron que un estricto enfoque en el río podría ser demasiado provincial y limitado para la identidad regional y la organización. No obstante, el discurso sobre el río como una matriz cultural-espacial central de territorio e identidad es signifiante en sí mismo. Obviamente, los modelos de asentamiento han cambiado. En el mapa de 1952 de West ([1957] 2000: 164) sobre el río Rosario muestra un patrón “tradicional” similar al propuesto por Mosquera. Para 1993, cuando visité este río, el modelo de poblamiento

disperso todavía era dominante, aunque ya estaba sufriendo cambios significativos, particularmente debido a la expansión de una plantación de la palma africana cercana.

Estos comentarios introductorios sobre el poblamiento, el territorio y la identidad deben dar una idea de los elementos más predominantes en la configuración del lugar. Don Porfirio Angulo (don Po), un líder de la comunidad local en sus sesenta años, resumió su propia recolección y experiencia del proceso de poblamiento que atestiguó durante muchas décadas en el río de Caunapí, y sus palabras encajan perfectamente en el cierre de esta sección:

Los primeros colonos del Caunapí eran nietos de esclavos en Barbacoas. Ellos llegaron a principios del siglo huyendo de la guerra civil. Uno de los primeros en llegar fue Pedro Damián Castillo Cortés; él descubrió el Caunapí cuando estaba cazando, y averiguó que era bueno para cazar y también para la agricultura, particularmente el plátano, maíz y arroz. Estas tierras prometedoras atrajeron otros, hacían rancho y ensayaban el territorio. Bernardo Cortés Castillo fundó La Espriella, nombrada así en honor del ingeniero que dibujó las líneas ferrocarril. Mi abuelo, Luis Angulo, fue el cuarto fundador. No había ningún camino, y todo se hizo a través del río. El primer factor externo fue la vía férrea que produjo gran destrucción del bosque. Eso fue en 1926. Luego se dio la explotación de caucho y tagua [marfil vegetal], siguió por el cultivo de cacao. Pero las personas locales no se preocupaban por el dinero. Ellos intercambiaban estos productos por el querosén, sal y ropa. Las personas sólo cortaban lo que ellos iban a plantar, el resto lo conservaban como selva, aun cuando por esos días nosotros no sabíamos sobre la “biodiversidad”. El trabajo era colectivo (las mingas y cambios de mano) y basados en las familias. Yo construí mi casa de esa manera, sin un solo clavo. En los años cincuenta, el Coronel Rojas Pinilla declaró las áreas del Mira y Caunapí como las tierras para la colonización. Del Mataje al Patía, esto era todavía monte usado para cazar y agricultura, con la vía férrea en la mitad. Pero esto cambió en los años cincuenta con la llegada del primer japonés al río de Mira a plantar plátanos, y más aun cuando los españoles llegaron con su ganado. Un solo hombre, Valentín García, tumbó 5.000 hectáreas de bosque entre 1958 y 1962. Ése también fue el tiempo cuando la vía férrea se abandonó al construir la carretera. Con la carretera un alud de personas de otra parte vino a agarrar la tierra, hasta la llegada del palmiculturas. Hay conciencia creciente ahora mismo que se nos está yendo el bosque y nos estamos acabando. Como usted puede ver, la historia del Caunipí es bonita. Había grandes marimberos. Ya no hay más.¹⁰

La narrativa de Don Po, influenciada por los discursos de los años noventa y las movilizaciones para la titulación colectiva en la que él estaba participando en el momento de la entrevista, da una idea del proceso de poblamiento discutida previamente. Según Villa (1996), la mayoría de las regiones del Pacífico tenían una frontera abierta hasta los años cincuenta aproximadamente. Villa cree que el modelo de apropiación territorial permaneció viable hasta este tiempo a pesar de los ciclos mercantiles de auge y caída. Después de los años cincuenta, con la colonización creciente, el desarrollismo, los cambios tecnológicos en la minería, pesca y extracción de madera (el uso de bombas de gran potencia para la mina, motosierras a gasolina para la madera, y dinamita y la malladora de nilón o trasmallos para la pesca), y grandes

concesiones de tierra a las compañías extranjeras, la frontera finalmente se cerró. Con la llegada de las grandes compañías de palma de aceite en los años ochenta, fue la tecnología de larga escala y las fuerzas del mercado, antes que las dinámicas ecológicas o las prácticas culturales locales las que empezaron a configurar la transformación territorial de la entera región de Tumaco. Pero esto es adelantarse en la historia.

III. Haciendo-lugar y las estrategias de la localización en los años noventa: el Pacífico como territorio-región de grupos étnicos

Tierra puede tener cualquiera, pero no territorio.¹¹

El sucinto planteamiento de Don Po revela los significativos cambios conceptuales, culturales y políticos que fueron articulados a lo largo del Pacífico en los años noventa. Es importante recordar que en el más reciente pasado (desde los años cincuenta en adelante) las luchas campesinas por toda Latinoamérica se habían llevado a cabo en nombre de la tierra. *La tierra pa'l que la trabaja* era el eslogan que alimentó los movimientos campesinos, las tomas de tierra y las reformas agrarias. En Colombia, la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC) lideró la lucha con diversos grados de éxito (Zamocs 1986). Aunque la ANUC tuvo su auge en los años sesenta, todavía era de alguna importancia en los años ochenta en las regiones como Tumaco rural, aun cuando el imaginario de la “tierra” y el “campesino” se había demostrado patentemente insuficiente para responder a los cambios del contexto institucional, económico y político. Cuando la Ley 70 fue sancionada, las categorías de tierra y campesino no fueron utilizadas para referirse a la gente negra, siendo reemplazadas por las de “comunidades negras” y “territorio”. Trataremos en esta sección de la emergencia del “territorio” en el Pacífico hacia finales de los ochenta y los noventa, y dejaremos para un capítulo posterior lo que Restrepo (2002) ha llamado adecuadamente la “etnización de la identidad negra” —posibilitada por el concepto de “comunidad negra” cristalizado en la Ley 70—. En esta sección, examinaremos los conceptos de territorio y de territorio-región producidos por las organizaciones negras e indígenas en los años noventa como las estrategias de localización subalterna.

El concepto de territorio tiene una corta pero complicada historia en el Pacífico, y ha sido influenciado por factores internacionales que no serán discutidos aquí.¹² Tiene sus raíces en una serie de factores que convergieron primero en la parte norte, en el Chocó en los años ochenta, e incluye lo siguiente: la crisis del modelo de poblamiento tradicional después de los cincuenta; la declaración en 1959 por la ley gubernamental de las tierras bajas de Pacífico como baldíos, que posibilitaron un paso más rápido para la extracción de recursos por las personas externas a la región; y la presencia creciente, desde los años sesenta y setenta, de misioneros, agencias del estado y proyectos de desarrollo, como el proyecto DIAR financiado por los holandeses para el desarrollo campesino. Su fuente más inmediata, sin embargo, fue el desarrollo en los años ochenta de una estrategia de defensa por las comunidades campesinas negras del medio Atrato contra las actividades rapaces de compañías de madera.

Empezando en 1985, y con la ayuda de grupos católicos inspirados por la teología de la liberación, estas comunidades comenzaron a delimitar su territorio y a desarrollar las estrategias para el uso de los recursos naturales. Esta estrategia inauguró una nueva forma de propiedad “donde lo colectivo, como territorio sin límite, transita hacia el territorio que se define en un mapa y en el que se puede hacer un censo de los propietarios” (Villa 1998: 439). Aparecieron, entonces, un número creciente de organizaciones locales, agrupadas bajo la Asociación Campesina Integral del Atrato (Acia) con la intención de una medida de auto-gobierno. Otras organizaciones similares siguieron a finales de los años ochenta y comienzo de los noventa por el Pacífico, incluyendo otras organizaciones del río (por ejemplo, en los ríos San Juan y Baudó, con las organizaciones Acadesan y Acaba, respectivamente); otro factor importante fue la consolidación de los resguardos indígenas que eran consecuencia de la emergencia de la fuerte organización indígena Orewa, agrupando a los embera y wounaan del Chocó. Estos resguardos se demarcaron sin la participación de las comunidades negras, incluso en esos lugares donde habían practicado formas tradicionales de ocupación, relegando a menudo a los campesinos negros al estatus de colonos sin tierras. Es en este contexto que la Acia empezó a articular un concepto de territorio para las comunidades negras, con un enfoque en la etnicidad y en los derechos culturales. Para 1987, la Acia había logrado una meta increíble en su negociación con el gobierno: la demarcación de 600.000 hectáreas que, aunque todavía no habían sido legalmente tituladas a la organización, fueron colocadas bajo un plan de manejo especial basado en las prácticas culturales de las comunidades. Para Villa, este acuerdo “es el inicio de un nuevo orden territorial para el Pacífico y la constatación de la eficacia de un discurso político que articula la identidad cultural del negro con relación a la forma específica de apropiación territorial” (1998: 441). Pero no sería sino hasta después de diez años (1997) cuando la Acia, representando aproximadamente 120 organizaciones, recibirían el título legal sobre cerca de 800.000 hectáreas. Sin embargo, para este tiempo, muchos de sus beneficiarios habían dejado el área huyendo de las acciones violentas de paramilitares, el ejército y la guerrilla, desde que se volvieron dominantes en el medio Atrato en la mitad de los años noventa (Wouters 2001, Agudelo 2000).

El proceso de Acia fomentó el desarrollo pionero de una serie de conceptos y tecnologías que han tenido carreras ilustres a lo largo de los años noventa. La idea que el “territorio” era fundamental a la supervivencia física y cultural de las comunidades, y el argumento que estas comunidades tienen únicas maneras, arraigadas en la cultura, de usar los espacios diversos constituidos por el bosque, el río, el mangle, las colinas y el océano fueron las dos de las innovaciones conceptuales más importantes. Las experiencias del medio Atrato eran importantes en otros aspectos, como el desarrollo de la tecnología de talleres que se volvieron ubicuos a lo largo de los ríos y pueblos del Pacífico con el Artículo Transitorio 55 (AT 55, decretado en 1991 como la parte del proceso de cambio constitucional, y que derivaría en la Ley 70 en 1993), a menudo con el apoyo de la iglesia católica progresista (la Pastoral Afrocolombiana). Escuchemos una elocuente descripción de la reverberación

de la actividad en los ríos del Pacífico que tuvo lugar en torno al AT-55 y luego la Ley 70 en la primera mitad de los años noventa:

En los ríos, las gentes con sus cantos, danzas y juegos tienen otros motivos para reunirse, ya no es sólo el encuentro ritual con los santos o con sus muertos, ahora llega a la reunión el decimero [poeta local] para recordar cómo nació la organización del río, para evocar el viaje que algunos de la comunidad emprendieron hasta Bogotá con el objetivo de enseñar sobre el territorio que luchaban y para contar cómo era la vida de las gentes del Pacífico. Canto y danza se integran en la dimensión del encuentro político, los viejos cuentan la historia del poblamiento del río, en el mapa van marcando los sitios donde se asentaron los primeros mayores, enseñan sobre historias de esclavos y amos, sobre comidas y fiestas del pasado, sobre indios y negros, sobre la historia que en el encuentro es portadora de identidad. Pero el viaje por el río no es sólo el ejercicio oral, es también el viaje real, el que emprenden los pobladores del río San Juan en 1992 desde el delta hasta Istmina durante varios días. Son cientos de la Asociación Campesina del San Juan los que se embarcan en sus botes, en cada pueblo hacen la parada obligada, bajan con su chirimía, desde la playa alegran el encuentro con Jotas y Contradanzas. *El viaje es reconocimiento geográfico de un territorio que ahora aprenden como suyo*. Los ríos que en el Pacífico corren paralelos, en el encuentro de las organizaciones se juntan, la oralidad rasgo propio a la cultura del negro se exagera y de modo reiterativo se cuentan las historias de los ríos [...] La historia ignominiosa de la extracción de los recursos del Pacífico es tejida en el encuentro, los del norte conocen que su experiencia no es diferente de los del sur, en ese momento se forja la identidad en las penurias del pasado y en la certeza de un destino común. *Es allí donde un concepto de región aparece manifiesto y aprendido de forma vivencial*. (Villa 1998: 444, 445; énfasis agregado).

¿Cuáles fueron entonces los hitos particulares en la emergencia del territorio como discurso articulador en el Pacífico del sur? Como se mencionó, varios procesos sociales y económicos ya estaban en marcha desde comienzos de los años ochenta lo que ayudó a proveer el contexto de esta emergencia. El capital operó a lo largo de la década, imponiendo un modelo de acumulación brutal que afectó grandemente al territorio y al lugar (capítulo 2). Los planes de desarrollo estatales se estaban implementando por vez primera con la región entera en mente (capítulo 4). Las organizaciones internacionales estaban empezando a prestar la atención a la biodiversidad de la región. Estos factores contribuyeron a crear la noción del Pacífico como una región. Además estaba la irrupción de la movilización popular a lo largo de los ríos centrada en este momento en esos segmentos del río con un grado mayor de prácticas de la producción familiares. Si la Acia ha sido un factor destacado en la emergencia del concepto de territorio —de hecho, la experiencia de Acia configuró indeleblemente el AT 55—; fue la movilización de las organizaciones y las actividades alrededor del Artículo Transitorio 55 lo que finalmente trajo a la vida este concepto en un más amplio nivel regional.

El descubrimiento del territorio asociado al AT 55 y la Ley 70 a comienzos de los noventa tiene así dos momentos. En el primero, las organizaciones locales desarrollaron una serie de tecnologías, como los *monteos*, literalmente cruzar el monte o territorio con la comunidad entera para reconocer los lugares de habitación, cultivo y caza, pasados y presentes; el dibujo colectivo

de mapas coloridos en las hojas de papel grandes, no infrecuentemente hecho por los jóvenes bajo las instrucciones de los viejos; la recolección de historias orales y tradiciones; y, por supuesto, las numerosas reuniones entre las organizaciones para desarrollar una estrategia común y el discurso político para la implementación de la Ley 70, entre otros asuntos (capítulo 5). La anterior descripción de William Villa captura bien este momento. El proceso fue de gran importancia política desde que reunió organizaciones étnico-territoriales y comunidades en una discusión sobre el territorio, la cultura y la historia. En un segundo momento, se hizo más prominente la participación de las Ongs externas, los académicos, los expertos y los organismos internacionales. Dos metodologías se entrelazaron comúnmente: la cartografía por satelital y los talleres participativos para obtener las representaciones locales del territorio. Modelado por un encuadre de la ecología del paisaje, esta cartografía social tuvo lugar a menudo en el contexto de programas gubernamentales como el Proyecto de la Zonificación Ecológica adelantado por el Instituto Geográfico Agustín Codazzi (IGAC; ver Ministerio del Medio Ambiente 2000). Este proceso involucró equipos interdisciplinarios de científicos naturales y sociales que trabajan conjuntamente con las comunidades locales en la elaboración de los “mapas mentales” de las comunidades, contrastándolos luego con los mapas obtenidos por la cartografía moderna. Mientras los mapas técnicos se centraron en los sistemas de producción relativamente homogéneos y en unidades del paisaje (en términos de geomorfología y vegetación), la cartografía social o participante elaborada con las comunidades intentó profundizar en una serie de aspectos sociales y ecológicos, incluyendo los espacios del uso (como los varios tipos de monte o bosque, río, mangle, mar, el pueblo, casa), los sistemas de la producción, la historia del poblamiento, tenencia, proyectos locales, caza y recolección, las visiones del territorio, el conocimiento local de plantas y animales, las fronteras informales y el comercio entre otros. En los mejores casos, estos ejercicios incorporaron una concientización sobre las dificultades de comparar estos dos sistemas de conocimiento.¹³

Como una herramienta de la ecología política, los mapas (sean dibujados por expertos o por las comunidades) pueden revelar o esconder aspectos importantes. Primero, las investigadoras feministas han usado los mapas de uso de la tierra en relación con el conocimiento local trazados por la comunidad para evidenciar las relaciones de género y visibilizar las contribuciones y recursos de las mujeres (Rocheleau 1995b). Quién cuenta, dibuja, narra, etc. y cómo lo hace es de importancia decisiva en estos casos; había alguna conciencia de estos problemas en el Pacífico en los años noventa. Segundo, los mapas contribuyen a la producción de territorialidad (los territorios de las comunidades negras) en formas particulares; si esto se corresponde con las lógicas territoriales consuetudinarias es un asunto de debate. Para Oslender, los ejercicios de mapificación implican “una imposición de límites fijos en las epistemologías locales de límites fluidos y territorialidades tolerantes, forzando a las comunidades locales a traducir sus aspiraciones territoriales en mapas que las instituciones occidentales aceptarán como la documentación legítima para acompañar sus reclamos territoriales” (2001: 253; citado en Restrepo 2006: 83). En otros términos, la mapificación —no importa que

tan participante sea— introduce una nueva forma de representación espacial y de pensamiento sobre el territorio. Para algunos activistas e intelectuales, había consistencia entre las prácticas consuetudinarias de la territorialidad y la concepción de ellas en la Ley 70; en otras palabras, había una articulación entre la territorialidad históricamente construida de las comunidades, el proceso de titulación colectiva y las expectativas de las comunidades, con la ley que opera como un instrumento para la defensa de identidades históricas, étnicas y culturales. Desde esta perspectiva, los derechos jurídicos implican el reconocimiento de derechos ancestrales, y se articulan con las responsabilidades de las comunidades para proteger el territorio para los renacientes (las generaciones presentes y subsecuentes; ver Cassiani, Achipiz y Umaña 2002).

El proceso de titulación se convirtió en un importante foco del trabajo de movimiento social durante los años noventa, a menudo imbricado con una variedad de programas gubernamentales como el Proyecto Biopacífico (PBP, el cual será discutido en el capítulo 4), y el Programa de Manejo de Recursos Naturales PMNR del Ministerio del Medio Ambiente, financiado por el Banco Mundial e implementado por dos agencias gubernamentales —el Instituto Colombiano de la Reforma Agraria (Incora) y la Red de Solidaridad Social, ésta última era la que estaba directamente encargada de coordinar la mayoría del proceso de titulación después de 1994—. Las pautas para este programa habían sido negociadas por las agencias gubernamentales y las organizaciones negras e indígenas en 1992 (Sánchez y Roldán 2001, Offen 2003). Hasta donde concierne a los movimientos sociales, una reunión hito tuvo lugar del 18 al 22 de junio de 1995 facilitada por una Ong de desarrollo alternativo en Perico Negro, localizado en una región predominantemente negra al sur de Cali. Convocado como un encuentro de comunidades y pueblos negros e indígenas del Pacífico y bajo la rúbrica de “Territorio, etnicidad, cultura e investigación en el Pacífico colombiano”, esta reunión —brevemente mencionada en la Introducción— congregó por vez primera a la gran mayoría de organizaciones negras e indígenas de la región. Entre los principales logros de esta reunión estuvo el establecimiento de pautas para las negociaciones entre las comunidades negras e indígenas y entre éstas y el estado, así como una teorización del concepto territorio del movimiento según la cosmovisión de las comunidades locales.¹⁴ Que las organizaciones dieron primaria importancia a la investigación y la producción de conocimiento como la parte de su lucha política se reflejó en el hecho que dedicaron un esfuerzo significativo a bosquejar los estatutos del recientemente creado Instituto de Investigaciones Ambientales Pacífico. Este proceso reveló los varios, y en ocasiones contradictorios, intereses entre las organizaciones de la región, al tiempo que evidenció hasta qué punto la producción de conocimiento e incluso la investigación se había vuelto una práctica central de los movimientos sociales.¹⁵

Pero el logro más importante del encuentro de Perico Negro fue la discusión de la cosmovisión y concepción de territorio de varias organizaciones del movimiento. Los representantes indígenas explicaron la cosmovisión de sus comunidades respectivas (embara, wounaan, eperara-siapidara, awa, catío, chamí, zenú y tulé). Ellos resaltaron la integración de la gente y la naturaleza,

las prácticas tradicionales de manejo, el papel de autoridades tradicionales, y la conservación resultante del ambiente. Su declaración de principios se enfocó en la defensa de los recursos y del conocimiento tradicional mediante estrategias articuladas alrededor de los principios de unidad, territorio, identidad cultural, autonomía y autosuficiencia. Las presentaciones de las organizaciones negras se centraron similarmente en “las múltiples lógicas de apropiación del territorio” por las comunidades. Entre los elementos resalados estuvieron los modelos de apropiación del río basados en sus dinámicas longitudinales y transversales (capítulo 3), el proceso organizativo para la defensa del territorio, y el conocimiento local, los modelos de movilidad, el parentesco y relaciones del género. Su declaración de principios resaltó su derecho a una estrategia territorial construida sobre los modelos tradicionales de apropiación para resistir el asalto del capital y de la cultura dominante. Esta estrategia empezaría reconociendo que el Pacífico es un territorio de grupos étnicos, requiriendo así un régimen especial de manejo:

Del mismo modo que es imposible separar el territorio de la cultura y etnicidad, así el conocimiento que nosotros tenemos sobre la biodiversidad es un conocimiento cultural que requiere el tratamiento particular, incluyendo los regímenes de propiedad [...] Nos parece que en la definición de la relación entre el territorio-región y el resto del país es necesario que quede clara la relación entre los procesos orgánicos y los agentes institucionales [el estado y Ongs] [...] *La identidad que necesita ser construida hoy en el corazón de las comunidades negras no es basada en la raza sino en la defensa del territorio; esto subyace a nuestra conceptualización de la vida y el mundo y un conjunto de aspiraciones culturales [...] es decir, el desarrollo de nuestra propia dinámica cultural desde la perspectiva de una lógica de resistencia* (Fundación Habla/Scribe 1995: 52, 53, 54; el énfasis agregado).

Mientras estos debates ciertamente reflejaron lo destacado de los discursos antropológicos y conservacionistas (incluso el problema de los derechos de propiedad intelectuales asociado al conocimiento tradicional estaba volviéndose central en Colombia y en el mundo entero), los activistas, no obstante, dieron su impronta a estos conceptos y los empujaron por vez primera hacia una conceptualización articulada y elegante que era de gran conveniencia política en el contexto del enfrentamiento de organizaciones con el estado y la tecnociencia. Sobre todo, en esta reunión, y por vez primera, es posible encontrar el concepto del Pacífico como el “territorio-región” de grupos étnicos. Este concepto saldría a relucir por completo durante los próximos dos a tres años, para volverse en un punto necesario de referencia para repensar el desarrollo, la sustentabilidad y la conservación —ciertamente desde los años noventa y de una manera general hasta el presente—. Como se verá en mayor detalle en el capítulo sobre naturaleza, el territorio llegó a ser definido como el espacio de apropiación eficaz de los ecosistemas por una comunidad dada, mientras la noción del Pacífico como territorio-región de grupos étnicos se consideró como una construcción política para la defensa de territorios. Si el territorio encarna el proyecto de vida de la comunidad, el territorio-región articula el proyecto de vida de la comunidad con el proyecto político del movimiento social.

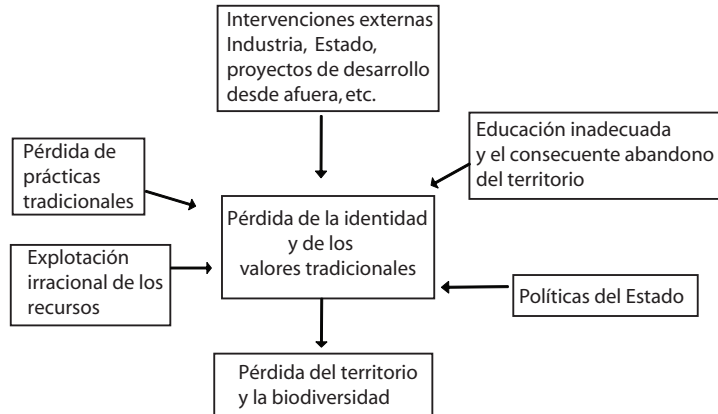
El territorio-región también surgió como una categoría de relaciones inter-étnicas que apuntan hacia la construcción de vida y modelos de sociedad alternativos. En otros términos, el territorio-región fue una innovación conceptual y un proyecto político, lo que podría llamarse una estrategia subalterna de localización. Localizó la diversidad biológica dentro de una perspectiva endógena de la lógica eco-cultural del Pacífico. Aun cuando fue producido por los movimientos sociales, el concepto de territorio no surgió totalmente fuera de las prácticas consuetudinarias de las comunidades donde los derechos a la tierra han sido asignados habitualmente en bases diferentes (según el parentesco, la tradición de ocupación, etc.). En la práctica, la esperanza era que, una vez la tenencia colectiva estuviera asegurada, los derechos particulares a la tierra serían negociados internamente por las comunidades. Algunos observadores consideraron el énfasis en los territorios colectivos como un error del movimiento basado en una percepción errada de su fuerza en el momento. Si así fuese, desde una perspectiva ecológica los conceptos de territorio y de territorio-región pueden ser plausiblemente considerados como una representación de las prácticas eco-culturales colectivas.

En la conceptualización del PCN de los años noventa, el territorio fue considerado un desafío para el desarrollo de las economías locales y las formas de gobernabilidad capaces de sustentar su defensa eficaz. El fortalecimiento y transformación de los sistemas de producción tradicionales y de las economías locales, la necesidad de presionar el proceso de titulación colectiva, y el trabajo hacia el fortaleciendo organizativo y la gobernabilidad territorial eran todos componentes importantes de esta estrategia centrada en la región. Además influenciándose por los debates más amplios y por las interacciones con académicos, otros activistas, funcionarios del estado y de las Ongs, el marco conceptual del PCN se basó en su propio análisis de la situación a lo largo de muchos de los ríos y en la interacción intensiva con las comunidades y sus líderes. En los talleres realizados durante los años noventa con los líderes comunitarios, invariablemente sugirieron varios factores unidos a la “pérdida de territorio”, incluyendo la “pérdida de valores tradicionales e identidad”, la pérdida de las prácticas tradicionales de producción, la explotación excesiva de recursos, las políticas de desarrollo de estado, el creciente peso de la extracción industrial y los alienantes modelos educativos para los jóvenes (ver figura 1). En las discusiones más sustanciales con los líderes comunitarios y los activistas del movimiento social, se unieron otros factores a la pérdida de territorio como: la expansión de las plantaciones y la especialización de las actividades productivas; los cambios en los sistemas de producción; los conflictos internos en las comunidades; el impacto cultural de los medios de comunicación nacionales; la emigración y la llegada de foráneos a la región encarnando las ética de capitalismo y del extractivismo; y, por supuesto, las políticas de desarrollo inadecuadas, la apertura neo-liberal a los mercados del mundo y las demandas de la economía global.¹⁶

Menos desarrollada a estas alturas era la dimensión del género del territorio y del territorio-región. El esfuerzo principal de las activistas mujeres y de algunos antropólogos, fue usar el lenguaje de la complementariedad de las tareas de género (el género vernáculo) para explicar la espacialidad de

la apropiación territorial. Esta noción sugiere una división del trabajo por género en términos de la utilización diferencial de espacios, tareas y formas

Figura 1. Sistema que genera la pérdida del territorio, según los líderes comunitarios de los ríos



Fuente: Taller, Diseño ecológico de la cuenca del río. Agosto 1998.

de conocimiento sobre la salud y el ambiente. En esta concepción, las mujeres tienden a permanecer en los asentamientos del río, mientras que los hombres se mueven más ampliamente por el espacio. Por tanto, se ve a las mujeres como un referente más fuerte de pertenencia al lugar, y esta pertenencia se fortalece a través de los descendientes de una mujer y su grupo de parentesco, a menudo involucrando una red en varios ríos. Así, las mujeres y hombres efectúan apropiaciones diferentes pero igualmente importantes de los espacios de uso. Si los hombres demarcan el territorio en su movilización para la producción, las mujeres lo consolidan a través de los procesos de socialización y la construcción de identidades mediante una serie de prácticas de comida, curación y producción. Cuando estas prácticas se rompen, los anclajes al territorio se empiezan a debilitar. De ahí lo crucial de la dimensión del género para la efectiva apropiación territorial, lo que se ha sido ampliamente reconocido por los activistas de la comunidad negra. Este reconocimiento se acompaña por una concientización de la desigualdad en muchas esferas, particularmente en la doméstica y en la política. Para muchas de las organizaciones mujeres negras en la actualidad, aunque la lucha por los derechos étnico-culturales y territoriales debe ser el objetivo principal, requiere ser avanzada simultáneamente con la movilización por las necesidades e intereses de las mujeres negras como los miembros de la comunidad negra (Grueso y Arroyo 2005).¹⁷

Los logros del proceso de titulación colectiva han sido muy significativos, es uno de los más destacados en América Latina por lo que se refiere a los territorios étnicos. Una evaluación del programa de titulación realizada en 2001 (Sánchez y Roldán 2001) mostró que los territorios indígenas se aumentaron en 324.288 hectáreas, que correspondían a 44 nuevos resguardos y a la expansión de 12 más, para un total de 1.994.599 hectáreas. Los resultados

para las comunidades negras fueron muy impresionantes: 2.359.204 millones de hectáreas tituladas a más de 22.000 familias organizadas en 58 concejos comunitarios; para el 2003 estos territorios colectivos para las comunidades negras cubrían aproximadamente 4.8 millones de hectáreas. El área titulada representa el 52% del total de la región. Durante los años noventa, además de los logros de titulación territorial, los nuevos instrumentos legales tenían varios aspectos beneficiosos; a pesar de las dificultades y tensiones, propiciaron la colaboración inter-étnica así como la colaboración entre los grupos étnicos y el estado; posibilitaron el desarrollo de la organización local; fue esencial la puesta en discusión de las identidades negras e indígenas; y permitió durante un tiempo la construcción de un imaginario alternativo de territorialidad y desarrollo. Los resultados a largo plazo por lo que se refiere a la conservación de biodiversidad y las autonomías locales debieron haber sido notables si el proceso no hubiera sido interrumpido drásticamente después de 2000, como veremos enseguida.¹⁸

Para resumir, el concepto de territorio producido por varios movimientos en los años noventa articulados a un encuadre basado-en-lugar que une historia, cultura, ambiente y vida social evidenció el desarrollo de una conciencia espacial entre los activistas del movimiento y, en cierto sentido, dentro de las mismas comunidades rivereñas. Esta concepción resuena con encuadres académicos en los cuales la naturaleza y la cultura se ven como interconectados en redes superpuestas de humanos y otros seres, y las comunidades se perciben como múltiples localizaciones —están simultáneamente basadas-en-lugar y basados-en-red interconectados entre los lugares—. Uno podría decir que lo que sucede es un encuentro entre, de un lado, ecosistemas auto-organizados y la gente desde abajo (“redes enraizadas”, en la descripción maravillosa de Rocheleau, 2000: 3) y, del otro, organizaciones jerárquicas de varias clases (por ejemplo, el capital y el estado). El Pacífico puede verse así como una matriz compleja de procesos en los cuales las personas, el territorio y las especies, entre otros, son constituidos en relación dentro de un contexto social. Los movimientos sociales intentan dirigir esta dinámica fuera de la disrupción social y la degradación ecológica en escalas locales y más amplias, mediante la construcción de tendencias auto-organizadas y de las relaciones de solidaridad que existen o que podrían ser re-creadas. Desde su perspectiva, para que esta estrategia tenga una oportunidad, debe apuntalarse en las relaciones sociales y ecológicas que han existido en el lugar, incluso confrontadas con los procesos de reestructuración espacial. Como la teoría de la complejidad sugiere, las “estructuras” no necesariamente predeterminan los tipos conexiones que la gente realiza. Nuevas posibilidades y categorías pueden posicionarse y pueden llevar a mundos emergentes. Podemos concluir, con Rocheleau en su lugar de análisis de Kathama en el famoso distrito de Machakos de Kenia, al sugerir que nosotros

[...] recojamos de estas historias la lección que las organizaciones de la comunidad y sus miembros eran sus propias fuentes de sorpresa, en vez de ser simplemente los mecanismos para curar o responder a la sorpresa externa. En vista de esto nosotros podríamos pensar en comunidades como las categorías cruciales y fundamentales para entidades que son en sí mismas complejas y contingentes (2000: 20).

Esto significa que sin el territorio-región, las comunidades serían aún más vulnerables a ser reconstruidas por el capital y el estado. A pesar de su apoyo para el proceso de titulación, el estado tiene su propio proyecto de construcción de la región en el que el Pacífico sería un eslabón en una estrategia de desarrollo al estilo-andino para todo el occidente colombiano. Este proyecto del estado ha sido crecientemente asociado al uso de fuerza en una complicada dinámica con otros actores armados. Este proceso, que ha ganado predominancia en el Pacífico del sur desde finales de los noventa, ha transformado radicalmente la política y la producción del lugar. Es importante discutir esta serie de nuevas condiciones antes de concluir.

El desplazamiento y los imperativos territoriales y culturales del desarrollo y la modernidad

Ay, Dios mío, qué espantajo
me han contado de por allá
donde tumban, queman, matan
sin siquiera preguntar; Ay, Dios mío, qué espantajo
me ha contaot don Severino
que la tierra ya no sirve
ni pácoco, ni colino; Ay, Dios mío, qué será
de la vida de mis hijos
si la tierra que es su herencia
la volvieron remolino.¹⁹

La exhibición fotográfica de Sebastiao Salgado *Éxodos*, un impresionante y profundamente humano el proyecto de seis años de retratar a las personas desplazadas en el mundo, lo deja a uno con la impresión de lo ineluctable del desplazamiento a gran escala y las dimensiones de crisis que ha tomado en los recientes tiempos.²⁰ Pocos países validan la visión de Salgado tan claramente como Colombia, con el Pacífico como uno de los teatros principales de desplazamiento. Las cifras son “aterradoras”, con toda seguridad: cerca de tres millones de personas internamente desplazadas para el 2002 con cientos de miles de ellos del Pacífico, y un porcentaje desproporcionado de los grupos indígenas y negros. El “refugio de paz” que era el Pacífico hasta mediados de los años noventa se convirtió en un campo de batalla más en un país en guerra (Wouters 2001, Agudelo 2000). Los blancos han sido: la integridad territorial, social y cultural de los grupos negros e indígenas; el proceso organizativo, incluyendo amenazas sistemáticas contra los activistas; y el control de los recursos naturales (por ejemplo, madera, oro, palma africana) con descuido total de la regulación medioambiental y los derechos de sus habitantes. La meta de esta “pequeña guerra cruel” (Joxe 2002) y “geografía de terror” (Oslender 2004), como los activistas lo ven, es la desaparición de los grupos étnicos del Pacífico como culturas distintas.²¹

Tómese el caso del Pacífico nariñense. A pesar de la intensa actividad capitalista desde los tempranos ochenta (el próximo capítulo), la organización negra alrededor de la ecuación del cultura-territorio había sido fuerte desde

comienzos de los noventa. Todo parecía sugerir que las organizaciones étnicas estaban pudiendo adelantar a nuevo modelo de ordenamiento territorial y político. Con la llegada en masa de los paramilitares derechistas después de 2000, sin embargo, este proyecto cambió dramáticamente. A través de una combinación de estrategias de terror que incluían amenazas y asesinatos de líderes de la comunidad y activistas, la prohibición explícita de los consejos comunitarios formados alrededor del PMRN y de la Ley 70, el desplazamiento selectivo de comunidades y líderes de las tierras particularmente codiciadas (especialmente para la palma de aceite africana, pero cada vez más para el cultivo de la coca), el “emplazamiento” de las personas en otros casos (restringiendo la movilidad de personas en algunos lugares), y capturando de fondos del estado a través del Plan Colombia mediante Ongs fachada, este actor armado pudo desmovilizar los movimientos, debilitar las estructuras institucionales establecidas durante los ocho años anteriores, instalar una economía delictiva basada en la producción de la coca, y extender la frontera de la palma de aceite notoriamente con la beneplácito del gobierno. Las consecuencias adicionales han sido el éxodo de activistas, la emergencia de un cuadro de líderes negros jóvenes más dispuestos a trabajar dentro del modelo capitalista implementado por la fuerza, la desarticulación de las prácticas territoriales de comunidades y una transformación necesaria de la estrategia de la organización de un énfasis en el proyecto territorial-cultural a la defensa de los derechos humanos, y claro las estrategias por tratar con el desplazamiento.²² Lo que aparecía en Tumaco se ha caracterizado como un “paisaje de miedo” (Oslender 2004, Cortés Severino 2007) y como un nuevo modelo económico que devuelve algunas de las prácticas del extractivismo salvaje del pasado, combinándolas con prácticas ilícitas, delictivas y paraestatales que articulan bien las demandas del capital transnacional (Almarino 2004, Restrepo 2005). Éste es un aspecto importante de la globalidad imperial, y se discutirá más adelante en el libro.

Para decirlo sin rodeos, el Pacífico está siendo sujetado a los imperativos territoriales y culturales de la globalidad imperial; este proyecto debe verse como una *reconversión simultáneamente económica, ecológica y cultural*, una reconfiguración de los paisajes biofísicos y culturales del Pacífico. Frecuentemente, uno encuentra en algunas áreas que un río controladas por la guerrilla al lado de otras controladas por los paramilitares, ambas presionando a la gente a plantar coca, con el ejército vigilando unos pocos kilómetros en las desembocaduras.²³ Desde la perspectiva de los movimientos sociales locales, todos los actores externos —incluyendo guerrillas, paramilitares, capitalistas y el estado— comparten el mismo proyecto, a saber, el control de la gente, los territorios y los recursos; los activistas claramente reconocen que *este proyecto no coincide con los intereses y realidad de las comunidades negras e indígenas*; este proyecto es un proceso planeado relacionado con la experiencia histórica del racismo y la colonialidad. En los casos como el Pacífico, los activistas enfatizan el fortalecimiento de la capacidad de la gente para resistir los traumas de modernidad capitalista (de la pobreza a la guerra) *en el lugar*, construido sobre las luchas por la defensa del lugar y la cultura, y propiciando la autonomía de la gente sobre sus territorios. La seguridad alimentaria y los derechos culturales y territoriales son centrales a esta meta.²⁴

Consistente con esta perspectiva del problema, el Primer Encuentro Nacional de Afrocolombianos Desplazados realizado en Bogotá en octubre, 2000 identificó el *principio de retorno* como una política general para los grupos étnicos del Pacífico dadas sus particulares culturas y relaciones con el territorio. En la medida de lo posible, el reasentamiento debe verse como la excepción, no como la regla, y como una medida temporal. La estrategia de los movimientos sociales es la declaración efectiva del Pacífico como un territorio de paz, alegría y libertad, libre de todas las formas de violencia armada. También fue considerado un sistema eficaz de alerta anticipada y de prevención del desplazamiento (se han anunciado con amplia antelación muchos eventos de desplazamiento, sin que una acción preventiva haya sido tomada por el estado; al contrario, ha habido una probada correlación, entre presencia del guerrilla seguida por la presencia del ejército y finalmente llegada de los paramilitares que efectúan el desplazamiento ya anunciado, frecuentemente acompañado de asesinatos); y la “estabilización socio-económica” (un término acuñado por la Red de Solidaridad Social), es decir, el cumplimiento del deber del estado de garantizar el ejercicio pleno de los derechos sociales, culturales y económicos a todas las comunidades.

El aparente ensañamiento del Pacífico y sus gentes no puede explicarse sin la referencia al racismo entronizado por la modernidad euro-andina, de un lado, y por la obsesión con el desarrollo, del otro. Como lo he explicado en otra parte (Escobar 2004, ver también capítulo 4), el desplazamiento es un elemento integral de la modernidad y del desarrollo eurocéntricos. La modernidad y el desarrollo son proyectos espacio-culturales que requieren de la conquista continua de territorios y gentes para su transformación ecológica y cultural desde la perspectiva de un orden logocéntrico. El desplazamiento masivo observado hoy en el mundo (sea relativamente voluntario o forzado) es el resultado final de procesos que empezaron en los inicios de la modernidad y que cristalizaron al final del siglo XVIII cuando la modernidad capitalista se consolidó como un proyecto cultural-económico. Hoy, dada la intensificación de globalización neo-liberal, es posible afirmar que *la brecha entre las tendencias modernas de producción de desplazamiento y los mecanismos de prevenir (o corregir) el desplazamiento se está ensanchando y volviéndose insostenible*. La crisis podría adquirir tal magnitud que los esquemas de reasentamiento y de campos de refugiados de hoy podrían llegar a ser vistos como proyectos del piloto para el futuro. El desplazamiento también puede verse como la manifestación más visible del régimen de fascismo social en consolidación (Santos 2002).

Como lo sugiere el caso del Pacífico, las estrategias para prevenir el desplazamiento y posibilitar el retorno deben tomar como un punto de partida una comprensión contextual de la resistencia, el retorno y el re-emplazamiento con respecto a las prácticas locales, apuntaladas en los movimientos por la identidad, el territorio y la autonomía donde estos existan. Tales estrategias deben fomentar el desarrollo alternativo para el sustento y la seguridad alimentaria como las estrategias mínimas requeridas (más sobre este punto se adelantará en la discusión de los proyectos del río Yurumanguí en la conclusión del libro). Como lo planteó un líder nasa, la condición mínima para resistir en

el lugar y defender la cultura es “de-globalizar la barriga”. Las instituciones modernas (el estado, el sistema de la ONU, la ayuda humanitaria) tienen un papel importante para jugar al respecto, pero su labor necesita ser realizada desde el punto de vista de estos criterios.

Conclusión: globalidad, colonialidad y la política de lugar

Empezamos con una mirada del Pacífico como el lugar, es decir, en términos de las entidades individuales y procesos históricamente constituidos, que operando a niveles diferentes, interactúan de formas complejas para conformar un todo (un ensamblaje, como denominaré a estas entidades en el capítulo sobre redes), el Pacífico biogeográfico. Resaltamos la producción de un encuadre de ecología política por los activistas de los movimientos sociales centrados en la ecuación del territorio-cultura. Este encuadre, como Rocheleau lo plantearía, nos ayudó “a entender los contornos políticos más amplios que ligan ecologías locales, economías, comunidades y culturas en los sistemas regionales y globales” (1995a: 1039). Nosotros sugerimos que, aunque muchas de las duraderas dinámicas biofísicas y culturales que han producido la región todavía están en el lugar, muchas de ellas han sido profundamente afectadas si no ya destruidas. Bajo estas condiciones, ¿qué pasa con la defensa del lugar? Dejamos esta pregunta pendiente hasta el capítulo final.

Las cosas no parecen tan buenas para el Pacífico. El desplazamiento masivo allí presenciado hace nuevamente visible la colonialidad del poder específica a la fase actual de la globalidad imperial. Si hasta el 2000 el diseño global implantado en el Pacífico sur podía ser contra balanceado hasta cierto punto por las acciones basadas-en-lugar de los ecosistemas, los movimientos y las comunidades, el régimen de terror que irrumpió hacia finales de los noventa impone claros límites a tal estrategia. Como vimos brevemente, los movimientos sociales están manteniendo estrategias mínimas de resistencia. Estas estrategias aún son posibilitadas por la construcción de identidades y territorios de la última década, aunque está claro que las tales prácticas no son ya suficientes y algunas quizás no son apropiadas incluso para el momento. Mucho dependerá de lo que pasa en Colombia e internacionalmente, como discutiremos en la conclusión del libro. Por ahora, es suficiente resaltar el tremendo efecto desterritorializador por parte de los actores armados, aunque con fundamentos subyacentes en los procesos nacionales y transnacionales.

Es importante declarar brevemente por qué una política de lugar continúa siendo importante. Primero, la lucha de los movimientos sociales de comunidades negras del Pacífico colombiano ilustra, por lo menos hasta finales de los noventa, la viabilidad de una política de lugar en el contexto de globalidad imperial. En sus encuentros con funcionarios del estado, expertos, Ongs, redes de la biodiversidad internacional, etc. el movimiento desarrolló un enfoque cultural-político y ecológico que articulaba el proyecto de vida de comunidades del río con la visión política del movimiento social. En este sentido, el movimiento puede ser interpretado en términos de la defensa de prácticas de diferencia cultural, económica y ecológica. Más generalmente, puede decirse que la meta de muchas luchas actuales es la defensa de concepciones basadas-

en-lugar del mundo y prácticas configurar el mundo: más precisamente, una defensa de construcciones particulares de lugar, incluso las reorganizaciones de lugar que podrían juzgarse necesarias según las luchas de dentro del lugar. Estas luchas están basadas en el lugar, aunque transnacionalizado (Harcourt y Escobar 2007, Escobar 2005c). Aunque la situación actual en el Pacífico hace de una defensa del lugar en el estilo de los años noventa bastante imposible, esto no significa las luchas sobre el lugar han perdido sentido.

La política de lugar puede verse como una forma emergente de política, un inusitado imaginario político en el cual se afirma una lógica de diferencia y posibilidad que construye sobre la multiplicidad de acciones en el plano de la vida cotidiana. Los lugares son el sitio de culturas, economías y ambientes dinámicos en vez de sólo nodos en un sistema capitalista global. Para Gibson-Graham, esta política de lugar —favorecida a menudo por las mujeres, ambientalistas, y quienes luchan por formas alternativas de existencia— es una lúcida respuesta al tipo de “política de imperio” que es común en la izquierda y que requiere que ese imperio sea confrontado en el mismo nivel de totalidad, devaluando así las acciones localizadas al reducirlas a acomodamiento o reformismo: “Los lugares no son siempre totalmente capitalistas [y modernos, en el sentido eurocéntrico], y en eso recae su potencial para volverse algo otro” (Gibson-Graham 2003: 15, 2006). La política de lugar también debería ser un ingrediente importante para imaginar el más allá del Tercer Mundo y sus desarrollismos (a pesar de los miedos a los “localismos”, pero teniendo en cuenta todos los riesgos por supuesto). La política de lugar es un discurso de deseo y posibilidad que fortalece las prácticas de la diferencia subalternas para la re-construcción de mundos socio-naturales alternativos; es un imaginario adecuado para pensar sobre el “problema-espacial” definido por la globalidad imperial y la colonialidad global (Scott 1999).

Si el territorio es pensado como “el ensamblaje de proyectos y representaciones donde toda una serie de conductas e inversiones pueden pragmáticamente emerger, en un tiempo y espacio social, cultural estético y cognoscitivo”, es decir, como un espacio existencial de auto-referencia donde “las subjetividades disidentes” puedan surgir (Guattari 1995: 23, 24), está claro que este proyecto ha estado siendo desarrollado por los movimientos sociales del Pacífico. La defensa del territorio implica la defensa de un intrincado patrón de relaciones sociales y construcciones culturales basadas-en-lugar; también implica la creación de un nuevo sentido de pertenencia unido a la construcción política de un proyecto de vida colectivo. Lo que está en juego con la Ley 70, como vimos, no es sólo tierra sino el mismo concepto de territorialidad como un elemento central en la construcción política del lugar basado en las experiencias culturales de negros e indígenas. La lucha por el territorio es así una lucha cultural por la autonomía y autodeterminación. Esto explica por qué para muchas personas negras del Pacífico la pérdida de territorio significaría un retorno a la esclavitud o a convertirse en “ciudadanos comunes”.

Este capítulo ha introducido los rudimentos de un marco para entender la producción del Pacífico como lugar. Esta producción se realiza mediante una serie de procesos históricos —biológicos, culturales, sociales, econó-

nicos, políticos, tecnocientíficos—. A las estrategias de producción de localidad por parte del capital —en sí mismos de-localizados con respecto a los procesos dinámicos basados-en-lugar, desde aquéllos de ecosistemas hasta los de la cultura— los movimientos sociales oponen estrategias de localización centradas en la defensa del territorio y la cultura. Los lenguajes de la biodiversidad, sustentabilidad, sistemas de producción tradicionales, derechos culturales e identidades étnicas son entretejidos por los activistas del movimiento en un discurso para la defensa del lugar. Cada uno de los capítulos siguientes desarrollará un aspecto dado de las estrategias dominantes y subalternas para la producción del lugar en el Pacífico. Una de las estrategias más visibles y destacadas es la del capital, a la que dedicamos el capítulo siguiente. No será hasta el último capítulo sobre redes, sin embargo, que tendremos una vista plena de los múltiples procesos que dan cuenta de ese lugar único llamado el Pacífico biogeográfico, el Chocó biogeográfico o, simplemente, la Costa Pacífica.

Notas

- 1 De la colección *Esta Tierra es Nuestra*, por el artista y comunicador popular Jaime Rivas, producida por la Fundación Habla/Scribe, Cali, 1993.
- 2 Repensar al lugar puede remontarse a las críticas de la cultura como autocontenida y discreta en los años ochenta. Teóricos en la antropología, la geografía, la comunicación y los estudios culturales empezaron a enfatizar la desterritorialización de la cultura. Desterritorialización, diáspora, cruce de fronteras, nomadología, redes y flujos, entre otras se convirtieron en metáforas recurrentes. Estas innovaciones importantes desplazaron la producción de la cultura, la identidad y la economía lejos del lugar; efectuaron una borradora del lugar (Dirlik 2001). En los últimos años, ha habido un desplazamiento contrario en la geografía y antropología. La producción de lugar en la geografía ha avanzado en la economía política y en las perspectivas feministas (por ejemplo Swyngedeow 1997, 1998 y Massey 1994, 1997). Muy importante al respecto ha sido el concepto de “política de la escala” para comprender el capital, los movimientos sociales y la tecnociencia (Swyngedeow 1998, Peck 2000, Gibson-Graham 1996, Escobar 2005c). En la arqueología y la antropología cultural y ecológica, los acercamientos fenomenológicos han ofrecido ricas caracterizaciones del lugar (Bender 1998, Tilley 1994, Ingold 2000a, Jackson 1996, Feld y Basso 1996). Estos acercamientos requieren una mayor sensibilidad para capturar el proceso inter-subjetivo de la experiencia compartida y enfocarse en el dominio de la actividad cotidiana, inmediata y en el mundo de la vida práctica y social. Para estos antropólogos, “el lugar es una parte irreducible de experiencia humana, una persona está ‘en el lugar’ tanto como está ‘en la cultura’” (Tilley 1994: 18). Para quienes estudian los “sentidos de lugar”, la cultura se asienta en los lugares y ningún grado de globalización puede reducir el papel del lugar a la lógica del capital, la tecnología o los medios de comunicación transnacionales. Aunque estas orientaciones fenomenológicas tienden a pasar por alto las fuerzas sociales más grandes, algunos trabajos ya están mezclando las perspectivas fenomenológicas y de la economía política para determinar el impacto de fuerzas globales en los sentidos de lugar y la producción de lugar. Interesantemente, estos trabajos se enfocan principalmente en los casos de destrucción medioambiental. Ellos no sólo muestran cómo la habitación a largo plazo es incierta por las economías políticas más grandes, sino cómo los grupos locales desarrollan “contra medidas estratégicas al espacio desterritorializado” representado por esas fuerzas (Kuletz

- 1998: 239; también ver Kirsch 2001). Este punto es importante para entender las estrategias de la localización por parte de los grupos subalternos en lugares como el Pacífico colombiano. Para un argumento más completo y revisión de la literatura, ver Escobar (2005c).
- 3 Lo que de Landa tiene en la mente cuando habla sobre las mallas (*meshworks*) y las jerarquías va más allá de la metáfora. Él quiere describir los procesos comunes detrás de la formación de estructuras que no pueden representarse totalmente de manera lingüística. Así, invoca la noción de Deleuze y Guattari de máquinas abstractas o los diagramas que estarían en la base de los procesos estructuradores que conducen a específicas mallas y jerarquías. Su pregunta se convierte entonces: “¿es posible ir más allá de la metáfora para mostrar que la génesis de estratos geológicos y sociales involucra el mismo diagrama?” (1997: 59). Las respuestas son bastante sugestivas, aun cuando todavía necesitan ser elaboradas de manera más detallada y en otros dominios además de las ciudades, mercados y las estructuras lingüísticas que son los ejemplos primarios explorados en los dominios de las ciencia social. En el capítulo 6, aplicaremos esta teoría a los movimientos sociales.
 - 4 Esta esquemática presentación del paisaje y ecosistemas de Pacífico es excesivamente inadecuada. Se hace principalmente con el propósito de dar un sentido de la región como un espacio geológico/ecológico. Nada se ha dicho de la fauna, por ejemplo, en cierta medida porque ésta no es el fuerte de la diversidad de la región. Pero esto no significa que no es importante en términos biológicos, humanos o culturales. El lector interesado haría bien en consultar los excelentes dos volúmenes editados por Leyva (1993) que cubre desde los aspectos geológicos a los culturales. Aquéllos interesados en la biodiversidad de las plantas deben consultar el trabajo de Enrique Forero y Alwyn Gentry (por ejemplo, Forero y Gentry 1989), así como los resultados del Proyecto Biopacífico, que serán discutidos en capítulo 3. Ver también Cerec (1993).
 - 5 Una nota final sobre la epistemología de fronteras. El prólogo de un libro sobre ecología desde la perspectiva de los sistemas complejos inicia con el aun desorientador planteamiento de que “la complejidad en la ecología no es tanto un asunto de lo que ocurre en la naturaleza como una consecuencia de cómo nosotros escogemos describir las situaciones ecológicas [...] El estudio de sistemas complejos requiere un tratamiento más equitativo que discierna las decisiones del observador tanto como a lo que observa en el mundo más allá de él. Parece que tenemos que reformar nuestras descripciones del sistema para tratar con la complejidad” (Allen y Hoekstra 1992: xiii). Esta forma de constructivismo científico hace eco de la anterior afirmación de los biólogos Maturana y Varela que “todo lo dicho lo es por un observador” (1980: xxii; 1987: 27). Ciertamente, los científicos han estado trabajando en la relación entre el marco de observación y el hecho observado desde la teoría de relatividad y el principio de incertidumbre de Heisenberg. Pero el postulado positivista sobre la independencia del observador y el mundo observado parece ser considerado todavía en la mayoría de los esfuerzos científicos, incluyendo la ecología y teoría de complejidad, a pesar de las varias versiones del constructivismo epistemológico que imperó en algunas de las ciencias sociales y las humanidades. En los años ochenta y a comienzos de los noventa, el debate fue a menudo planteado en términos de formas de ciencia modernas versus las postmodernas (para el caso de ecología ver, por ejemplo, Soulé y Arrienda 1995). Algunos han intentado mediar estas variedades al posicionar una distinción útil entre constructivismos débiles y fuertes (Milton 1996). En el capítulo 6 discutiremos un retorno al realismo en la ciencia social alimentado por las “alternativas planas” y teorías de complejidad.

- Este retorno es visto por algunos como influenciado por acercamientos que surgen de las ciencias (por ejemplo, Santos 1992).
- 6 Este recuento de la historiografía de la región es muy inadecuado e intenta solo resaltar algunos problemas básicos. Abordajes más completos son muy recientes, particularmente los estudios de Múnera (2005) y Almario (2005). El trabajo de Almario de dos volúmenes incluye una revisión muy útil de la literatura. Restrepo (2006) discute la complejidad de hablar sobre las categorías como “raza” y “etnicidad” a través de diferentes períodos históricos, y aboga por un acercamiento genealógico que “eventualice” lo negro en términos de los regímenes de la negritud, las modalidades de gubernamentalidad y las tecnologías de alterización. Ver también el número especial del *Journal of Latin American Anthropology* consagrado a las tendencias de los años noventa en el estudio las problemáticas y culturas negras en Colombia, editado por Peter Wade (2002). Para otros tratamientos regionales, ver, además de los trabajos de Aprile-Gnisset (1993) y Romero (1995, 1997), West ([1957] 2000), Whitten ([1974] 1992), Olinto Rueda (1993), Leal (2004). Historias más localizadas o regionales han sido proporcionadas por Leesberg y Valencia (1987) para el medio Atrato del Chocó; Almario y Castillo (1996) para la región de Bocas de Satinga en el Pacífico Nariñense; y Mosquera (1999) para el pueblo de Hunina, en Bahía Solano (Chocó). Los intelectuales negros como Yacup (1934), Escalante (1971) y Velásquez (ver la edición del 2000 de sus textos de los años cincuenta) ofrecen influyentes análisis de la región y su carácter en las primeras décadas del siglo XX. Los análisis histórico-políticos realizados por intelectuales negros se han vuelto más comunes en las últimas dos décadas (ver, por ejemplo, González 2002, más los artículos en muchos de los volúmenes mencionados en este libro). El diagnóstico misionero de Merizalde (1921) ha sido útil en términos de las representaciones etnocéntricas de la gente negra y por varios aspectos históricos para el Pacífico sur.
 - 7 Este recuento del poblamiento indígena, hábitats y etnias es claramente inadecuado. Hasta muy recientemente, los estudios antropológicos se enfocaron casi exclusivamente en las comunidades indígenas del Chocó, mientras las culturas negras permanecían invisibles. Para una introducción a la antropología de comunidades indígenas del Pacífico, ver Friedemann y Arocha (1984), Leyva (1993), Ulloa, Rubio y Campos (1996).
 - 8 Wade (1993, 2002) ha sido uno de los pocos investigadores enfocado en parte en el Pacífico que ha prestado significativa atención a la raza. Más recientemente, Leal (2004) ha enfatizado la centralidad de la raza para comprender el paisaje y la economía en el Pacífico. Se ha prestado poca atención al género en las investigaciones históricas; éste sigue siendo un vacío por llenarse en la literatura.
 - 9 Este modelo de afiliación territorial simbólica se ha desarrollado por Odile Hoffmann (1999) para el río Mejicano en el área de Tumaco.
 - 10 Entrevista realizada por Arturo Escobar y Eduardo Restrepo, Tumaco, el 5 de agosto de 1998. Varias de estas historias fundadoras, como lo dicen los mayores, son bellamente reportadas en Llano (1998).
 - 11 Don Porfirio Angulo, Tumaco, agosto de 1998.
 - 12 El principal factor internacional fue la Convención de la Organización Internacional del Trabajo sobre los Pueblos Indígenas y Tribales de de 1989 (OIT 169) que presionó a los gobiernos para reconocer las tierras indígenas tradicionales y concederles cierta autonomía. Esta convención fue instrumental en lo que se ha llamado el “giro territorial” en América Latina, es decir, una ola de titulación territorial de tierras colectivas a las comunidades indígenas y negras en varios países, incluyendo, Colombia, Brasil, Ecuador y Centroamérica. Ver Offen (2003) para una revisión de esta tendencia con especial atención a Colombia.

- 13 Ver, por ejemplo, el trabajo de Camacho y Tapia (1997) en Tribugá y Nuquí a lo largo de la costa chocoana, y Vargas (1999) para el río San Juan, involucrando las comunidades indígenas y negras. El trabajo de Camacho y Tapias es ejemplar de muchas maneras, incluyendo la descripción y análisis de su metodología participante; su discusión de las dificultades de usar la cartografía técnica con las comunidades locales; la sustancial y detallada información etnográfica sobre las concepciones locales del mundo natural, los sistemas de producción, las plantas medicinales, etc.; su atención al género; y su colaboración con una organización del movimiento social muy conocida, Organización de Barrios Populares del Chocó (Obapo).
- Aunque la cartografía y el inventario tecnocráticos eran comunes a lo largo de los años ochenta y noventa, los ejercicios de participación se hicieron muchas veces con los co-investigadores locales y en la colaboración con las organizaciones político-territoriales de las comunidades en cuestión. Estas colaboraciones eran indicación de la fuerza de los movimientos sociales durante comienzos y mitad de los años noventa. Durante este período, las actividades eran principalmente dirigidas hacia el apoyo al proceso de titulación colectiva de los territorios. La Ley 70 especificaba una serie de pasos; el primero era la creación de un consejo comunitario y la elaboración de la solicitud de titulación que requería de un censo detallado, descripción y demarcación del territorio, la etnohistoria del poblamiento y habitación, la descripción de las formas de organización social, dar cuenta de las “prácticas tradicionales de producción” e identificación de conflictos sobre el territorio y los recursos naturales. Estos requisitos suponían una gran actividad por parte de las comunidades, facilitada ya fuera por las organizaciones étnico-territoriales, las Ongs, los expertos del estado, o por todos los anteriores. El proceso de titulación podría describirse así como un intenso proceso cultural-político que involucró las negociaciones internas y externas, a veces la manipulación (como por las élites locales en algunos ríos que influyeron en los consejos comunitarios para su propio beneficio), intercambio de conocimientos, reconstrucciones históricas, etc., lo cual transcurrió en un tensionado clima político, raramente con los recursos adecuados y no infrecuentemente con obstáculos causados por las mismas instituciones del gobierno encargado de facilitar el proceso (por ejemplo, retrasando los fondos necesarios para las actividades). La segunda fase era que la entidad gubernamental encargada (el entonces Instituto Colombiano de la Reforma Agraria, Incora) revisara la aplicación y concediera el título. La tercera implicaba la preparación un plan de manejo territorial según las prácticas locales. La guía para la solicitud de titulación colectiva se encuentra en Incora (1998). Un ejemplo detallado de la solicitud, incluyendo toda la información recolectada por las comunidades y expertos para el río de Baudó en el departamento de Chocó, se encuentra en Bid-Plan Pacífico-Acaba s.f.
- 14 Los principios para las relaciones inter-étnicas acordadas incluían: a) el reconocimiento del Pacífico como un territorio ancestral de grupos étnicos; b) la necesidad de una estrategia coordinada conjunta para la defensa del territorio hereditario desde una posición de tolerancia y respeto mutuo; c) el reconocimiento y el respeto del conocimiento tradicional como su patrimonio cultural, fundación para la vida y relación con la naturaleza.
- 15 La importancia de producción de conocimiento para las estrategias de la organización —incluyendo la pregunta por el conocimiento tradicional— es evidente en la dedicación que abre el texto resultante de la reunión (el cual también evidencia el carácter político del conocimiento): “A todos aquéllos que han contribuido con su energías a este proceso de producción de conocimiento; a todos aquellos que, como nosotros, sueñan con un país y un mundo donde la

co-existencia multi-étnica y pluri-cultural se vuelve una posibilidad real; a todas esas mujeres y hombres que creen en el respeto de diferencia; a todos aquellos que, como nosotros, apuestan por la vida” (Fundación Habla/Scribe 1995: 5). La frase “apostarle a la vida” se volvió un dicho común durante la mitad de los años noventa. Constituyó una declaración cultural-ecológica sin los adornos del lenguaje antropológico o ecológico más formal. El proceso de política territorial desde la perspectiva de comunidades negras y el estado se discute también con detalle en Villa (1996).

- 16 Los diagramas de la pérdida de territorio, y la mayoría de la conceptualización incluida en esta sección, vienen de un taller intensivo de ocho días con aproximadamente 25 líderes de las comunidades de río y activistas realizado en Buenaventura en agosto de 1998, que diseñé y coordiné con Libia Grueso (Proceso de Comunidades Negras), con la colaboración de Jaime Rivas (Fundación Habla/Scribe) y Camila Moreno, planificadora de Bogotá cercana al movimiento social. El propósito del taller era la necesidad enfrentada por las organizaciones del río para proponer sus propios planes de ordenamiento territorial en respuesta a una nueva regulación gubernamental. Se consagraron los primeros cinco días del taller a los principios y metodología de diseño ecológico de la cuenca del río; el último día se destinó a discutir el plan de ordenamiento territorial para Buenaventura, con las presentaciones por los varios representantes de gobierno local, incluyendo la coordinadora del plan, Viviana Obando. Este taller fue muy importante para mí en términos de trabajar con las ideas con un grupo de activistas y líderes de la comunidad. Los conceptos más importantes (por ejemplo, el de territorio-región) había estado en la circulación por algún tiempo, aunque pudimos refinar algunos de ellos y relacionarlos concretamente con preguntas del diseño. Usé principios de lo que llamo “diseño autónomo” que, a diferencia de la planificación convencional, toma las propias definiciones y percepciones de las personas, en vez de aquellos de los expertos como un punto de partida para el sistema de preguntas.

Uno de los ejercicios de todo un día que hicimos fue trazar el “sistema que genera la pérdida de territorio” en pequeños grupos de 4-5 personas. La conceptualización del sistema se complejizó progresivamente a medida que pasaba por varias rondas y cuando nos reencontrábamos para discutir los varios modelos. Dado el propósito del taller que era permitirles a los líderes preparar sus propios planes de ordenamiento territorial, el ejercicio estuvo principalmente enmarcado en términos relativamente técnicos. Hubo varios momentos, sin embargo, en que la discusión se desarrolló en términos más locales, por ejemplo, cuando uno de los mayores declaró que “si hoy nosotros tuviéramos brujos poderosos como en el pasado, ¿piensan que el gobierno se atrevería a molestarnos tanto ahora?” o cuando alguien más levantó la pregunta hipotética de si la tunda (una entidad supranatural del bosque muy conocida) también podría encontrarse en las áreas urbanas.

- 17 Se discutirán más adelante los aspectos del género con respecto a la naturaleza, la identidad y la movilización política en los capítulos siguientes.
- 18 Sería imposible de proporcionar un tratamiento más adecuado del importante proceso de titulación colectiva en estas páginas. Dos fuentes importantes son el informe de evaluación por Sánchez y Roldán (2001) para el Banco Mundial, enfocado en el programa de titulación coordinado por el PMNR, y la evaluación de las experiencias de titulación colectiva en Colombia, Ecuador, Panamá y Perú por la Plant y Hvalkof (2001) para el Banco de Desarrollo Interamericano (BID). A pesar de las evaluaciones positivas de estos programas, Plant y Hvalkof señalan una contradicción general en las políticas de BID entre las nociones indígenas y negras de territorialidad y el énfasis del banco en las políticas orientadas al

mercado (p. 69). Una respuesta para Plant y Hvalkof es el “desarrollo con identidad”, es decir, auténtico apoyo internacional y de las políticas del estado a las visiones étnicas del futuro. Sánchez y Roldán resaltaron la necesidad de un apoyo oficial decisivo y firme para los planes de vida de las propias comunidades, los cuales en el contexto de hoy requieren de estrategias de paz y no violencia. Ver también el informe de 1998 pedido por el PCN (en el que yo participé) a una Ong de Dinamarca para el apoyo financiero a la titulación colectiva llevada a cabo por el abogado Pedro García Hierro en 1998. Finalmente, algunos analistas han planteado la pregunta de las razones por las cuales el Banco Mundial apoyaría estos proyectos. Las respuestas incluyen la necesidad de estabilizar los regímenes de propiedad, proteger la biodiversidad de las fuertes fuerzas del mercado, y la idea que una vez los títulos de la tierra estén asegurados las comunidades se comprometerían en el desarrollo sustentable liderado por el sector privado. De hecho, esto pasó en algunos casos en que los consejos comunitarios acordaron la explotación de los recursos con terceros (ver Offen 2003). Es importante mencionar que la titulación colectiva no es una panacea por sí misma ni que está libre de tensiones; en algunos casos, el proceso de titulación exacerbó las tensiones entre las organizaciones negras e indígenas e invisibilizó las superposiciones de áreas de habitación inter-étnicas. Finalmente, el título es sólo el principio: ¿las comunidades encontrarán el apoyo necesario indispensable para el control y manejo efectivo de los territorios? ¿Se adherirán a la consuetudinaria “lógica del río” en su uso de los recursos (Oslender 2002), o se orientarán por estrategias de desarrollo más convencionales? Todas éstas son preguntas abiertas a finales de los noventa y comienzos de la década presente.

Para mencionar dos casos que ejemplifican algunas de las tensiones y posibilidades. En abril de 1996, en una reunión para crear a los Comités Regionales (los cuerpos mixtos de agencias gubernamentales y organizaciones locales) del PMNR para la titulación en el departamento de Nariño se identificaron las organizaciones de comunidades negras que serían incluidas en cada uno de los ríos. En la mayoría de los casos, éstas eran organizaciones muy conocidas afiliadas con el PCN —coordinado por el Palenque regional (la red de organizaciones regionales)—, como Coagropacífico (para los ríos del área de Tumaco, una organización sobre la que volveremos en el próximo capítulo), Acapa (río de Patía) y Fundación Chigualo (río de Telembí). Las organizaciones propuestas por los líderes del palenque eran un esfuerzo por parte del movimiento social de neutralizar los consejos comunitarios promovidos por los capitalistas y narcos involucrados en la explotación de madera, la minería del oro, el cultivo de palma africana y del camarón (por ejemplo, en Iscuandé, El Charco, Mosquera, Patía Viejo). En juego estaban dos interpretaciones contrastantes de Ley 70: para empresarios y muchos funcionarios gubernamentales, la titulación debía hacerse tan rápido como fuera posible y debían estar restringidas a sus funciones legales (en tal caso el proceso sería más fácil manipular, asegurándose de que ellos tendrían el acceso a los recursos); para las organizaciones más que el título en sí mismo lo que era importante era el proceso cultural-político, lo cual requería la participación de la comunidad entera y el fortalecimiento de las organizaciones étnico-territoriales. Para 1996, se habían creado diez consejos comunitarios vinculados a las organizaciones étnico-territoriales. En junio de 2000, 8 títulos colectivos habían sido aceptados, con un total de 300.070 hectáreas, y habían 14 más pendientes sumando 350.000 hectáreas aproximadamente más (incluyendo 45.000 hectárea del título de la Unión Rosario en el río Rosario), y los obstáculos a ser superados parecían aumentar todos los años. El segundo ejemplo viene del río de Yurumanguí en el departamento del Valle del Cauca. El título de 54.776 hectáreas, beneficiando a 13 comunidades y 529 familias, se emitió oficialmente

en mayo de 2000. Sin embargo, el acto extraoficial de la comunidad para celebrar el título no se pudo realizar sino hasta más de un año después. La razón era la intensificación del conflicto armado en el río que atestiguaba repetidas incursiones del ejército, las guerrillas y los paramilitares, el asesinato de cinco familiares del líder de la organización política del río, y una política de miedo e intimidación de la población en conjunto (volveré sobre el Yurumanguí en la conclusión del libro). Fuentes: las entrevistas en Tumaco, mediados de 1998 y 2000; visita y entrevistas con los líderes locales en Yurumanguí y en Cali, mediados de 1998, 2002.

- 19 El poema es de Jaime Rivas, activista cultural, artista y comunicador popular de Tumaco. De la colección de tarjetas *Pacífico Mágico*, producida por la Fundación Habla/Scribe con el apoyo del Proyecto Biopacífico, a mitad de los años noventa. Citemos un planteamiento similar de Paul Virilio en el contexto de modernidad: “la deportación se ha vuelto nuestro pan diario, desde que, del fin de semana al regreso del trabajo, nos deslocalizamos. Y tan pronto nos delocalizamos, algo o alguien está allí para organizar nuestra movilidad, para encuadrar el movimiento de nuestras vidas activas que —en tanto que necesariamente tienen lugar en la zona de mediación totalitaria— nunca escapan al control externo, muy simplemente [...] porque no hay ningún lugar para detenerse, estacionarse [...] Toda la masa debe estar sujeta permanentemente a la dictadura del movimiento” (1990: 93).
- 20 Para el catálogo de la exhibición, ver Salgado (2000).
- 21 En Escobar (2004) se encuentran figuras, referencias y discusiones completas; también ver Aparicio (2007) para un tratamiento de la emergencia del aparato internacional para tratar con el desplazamiento interno y su aplicación en Colombia. La información compilada de la primera Reunión Nacional de Afro-Colombianos Desplazados, convocada por Afrodes y el PCN el 13-15 de octubre de 2000; la Oficina para el Desplazamiento y Derechos del Humano, CODHES; la Red de Solidaridad Social, la agencia gubernamental encargada de programas para los desplazados; la Red Latinoamericana de Servicios Legales Alternativos, ILSA, con sede en Bogotá; y el Grupo Temático en el Desplazamiento, GTD, de la ONU creado en 1999 para el caso colombiano en la coordinación con UNHCR en el cual participan representantes de nueve agencias de la ONU. La GTD reporta que aproximadamente el 57-63% del desplazamiento reciente es causado por las AUC (paramilitares); el 12-13% por las guerrillas; y el resto principalmente por los grupos desconocidos, más el estado. En abril de 2001 la peor masacre en uno de los ríos del Pacífico, en el río Naya, terminó en el brutal asesinato por parte de los paramilitares de más de cien personas y con muchos centenares de desplazados. Se estima que 38% del total de los desplazados son miembros de las minorías étnicas, con un aumento del 80% en el primer cuarto de 2001 con respecto a 2000, y un amplio aumento para 2002. Las dimensiones de género del desplazamiento están por ser estudiadas, a pesar del hecho que las mujeres y las jóvenes representan casi la mitad de los desplazados y evidencia el hecho que a menudo ellas no sólo son objetivo de la violencia física, incluso de violación, sino también de sus necesidades específicas reproductivas y de salud. Entre los pocos estudios de género y desplazamiento está el de Meertens (2000) con los refugiados en Bogotá, aunque UNHCR y otras agencias han realizado unos pocos estudios.
- 22 Casi todos los activistas del PCN con quienes trabajamos en Tumaco en 1993 y 1998 han estado dejando la región desde 2000, aunque alguna organización se había reiniciado por 2006 en una base modesta. Igualmente ha sucedido con muchos de los activistas culturales y sociales que habían desarrollado sus programas a lo largo de los años noventa (por ejemplo, grupos de baile y teatro,

- estaciones de radio, grupos de alfabetización, cooperativas de productores agrícolas y de mujeres, etc.).
- 23 Según un activista, el negocio de la coca ha logrado en dos o tres años lo que programas de desarrollo no hicieron en varias décadas, a saber, la introducción de una cultura de mercancías y acumulación. La realidad de la situación en algunos de los ríos del Pacífico sur fue muy evidente en una reunión de tres horas a la que fui invitado con aproximadamente 15 activistas y personal de la Oficina de los Parques Nacionales en Cali en agosto de 2003. En esta reunión, presenté el marco de la globalidad imperial/colonialidad global y de la política de lugar que constituye este libro. El marco parecía dar cuenta bastante bien de la situación del Pacífico.
- 24 En el diagnóstico realizado por Afrodes (Asociación de Afrocolombianos Desplazados) y el PCN en 2000-2001, los factores principales que causan el desplazamiento eran: 1. Los mega-proyectos de desarrollo (por ejemplo, la construcción de carreteras, puertos, represas, el canal inter-oceánico planeado; una expansión dramática de la frontera de la palma de aceite africana en la región de Tumaco); 2. La expansión de los cultivos ilícitos; 3. El conflicto armado; y 4. La existencia de recursos naturales (desde oro y la madera hasta el turismo). El Proceso de Comunidades Negras hizo las siguientes observaciones adicionales: 1) El desplazamiento se acentuó después de la titulación de los territorios colectivos; la experiencia del desplazamiento del Pacífico puede localizarse en el contexto de un contra-ataque sobre los logros culturales y territoriales de las comunidades étnicas del continente, de los Zapatistas a los Mapuche, sino globalmente. 2) El desplazamiento es selectivo y calculado; los mayores desplazamientos han ocurrido en zonas destinadas para los proyectos de macro-desarrollo. 3) El propósito del terror es fracturar la resistencia de las comunidades y negar su diferencia; es en este sentido que puede decirse que “la guerra es la continuación de la economía por otros medios” (el poeta salvadoreño Roque Dalton, citado por Carlos Rosero en una conversación personal). 4) El desplazamiento ha alterado los patrones de migración interna y externa que ha caracterizado el Pacífico desde los años cincuenta y sesenta, haciendo imposible el retorno a las comunidades de origen en los ríos; esto termina modificando el uso de tierra, los sistemas de producción tradicionales, la distribución espacial de la población y de los recursos, etc. 5) Los actores armados, particularmente los grupos paramilitares, han generado una repoblación selectiva y dirigida de territorios de los ríos, desplazando algunos grupos y trayendo otros —principalmente blancos del interior— quienes obedecen las nuevas reglas de conducta cultural, económica y ecológica. Fuentes: conversaciones con Carlos Rosero y Libia Grueso del PCN, Bogotá, el 16-18 de octubre de 2001; documentación preparada por Afrodes. Ver Escobar (2004) para algunas de las propuestas de políticas por parte los movimientos.